

FRANCISCO JAVIER CID

EL HUMANISMO DE
FERNANDO VIVES

INSTITUTO CHILENO DE ESTUDIOS HUMANISTICOS
(ICHEH)
Santiago de Chile

Es propiedad
Derechos reservados para todos los países.
Inscripción N° 44.115.
Instituto Chileno de Estudios Humanísticos.
Primera edición.
Tirada de 2.500 ejemplares.

Impreso en los
TALLERES GRAFICOS CORPORACION LTDA.
Alonso Ovalle 766.
Santiago de Chile.

INTRODUCCION

La persona y el quehacer del P. Fernando Vives Solar merecen algo más que esás dos líneas que le dedica Walter Hanish en la página 219 de su "Historia de la Compañía de Jesús en Chile". No es del caso lucubrar razones de tamaña sobriedad que contrasta tan severamente con los 40 años de admiración sostenida por sus amigos y discípulos. Este recuerdo es tanto más significativo por cuanto el P. Vives fue un hombre tranquilo, sobrio, sin exhibicionismos demagógicos en una época en que los medios más importantes de comunicación le fueron positivamente hostiles y más interesados en silenciar o tergiversar su pensamiento que en realzar su conducta. A juicio de sus censores, el P. Vives cometió demasiadas "imprudencias" que le valieron justas reprimendas, destierros y el título de persona no grata para quienes —según sus palabras— "se sintieron mucho más turbados en sus bolsillos que en su conciencia" por la voz de este sacerdote que se permitía la audacia de descubrir y promover los derechos del pobre y sembrar una nueva conciencia social en Chile en un campo minado de egoísmos y discriminaciones anticristianas. Por eso, la huella que imprimió en la mente de sus contemporáneos se debe a que su-

po ahondar en los valores permanentes del hombre y de la sociedad de su tiempo sin temor de ser incomprendido o mal interpretado. Hoy su figura se perfila como un pionero dentro del movimiento social cristiano de Chile.

La gestación de la conciencia social del P. Vives y su consecuente comprensión de los valores humanos se alimenta en la reflexión y vivencia profunda de las exigencias del Evangelio y del contacto permanente con el hombre, especialmente con el obrero, con la juventud, con el pobre. Supo detectar y contraponer al trasluz de su conciencia cristiana los contrastes indignos de una sociedad que se decía cristiana. El se atrevió a hablar y denunciar en la década del 30 los abusos del capitalismo, la tiranía de un derecho de propiedad considerado sagrado y sin dimensiones sociales, el escándalo de las riquezas derrochadas sin respeto al bien común o con desmedro de los derechos del pobre. Bien consciente de las necesidades más urgentes de Chile y de la Iglesia chilena, no quiso para su patria los males que palpara en la vieja Europa, a causa del divorcio entre el clero y los movimientos de reivindicación social del proletariado. A causa de esto, en muchos países se daba la absurda paradoja de que Cristo hubiera llegado a ser odiado por los pobres y utilizado por los ricos para defender sus privilegios. Además de ello —escribe— la “falta de solidaridad con los pobres, o sea con Jesús, ha producido la descristianización de las masas y el enfriamiento y muerte de la fe en el obrero”. Con respecto a Chile escribe en términos tajantes: “hay un partido político que se dice y se cree y se exhibe escandalosamente como paladín de las doctrinas cristianas, pero las lleva en los labios y no en el corazón. Con ese partido nuestra ruptura es completa, porque nos separa un abismo ideológico...

porque es cristiano en las palabras y pagano en los hechos...”

Pero esta falta de sensibilidad social la sentía especialmente escandalosa cuando veía descender desde los púlpitos una lluvia de palabras de resignación para los hambrientos y ningún fuego de condenación para los hambreadores. Dos años antes de que estallara en España la guerra civil atizada por el odio hacia la Iglesia, el P. Vives ya la había vislumbrado en la despreocupación y falta de solidaridad de la Iglesia española de la época. Había que prevenir en Chile una situación semejante; y, para ello, él debía crear una nueva conciencia en la juventud, organizar la clase obrera en un sindicalismo inspirado y apoyado en las grandes encíclicas sociales de la Iglesia e incluso —de acuerdo al pensamiento del cardenal Manning— “había que sacar a la Iglesia de las sacristías y enfrentarla con los problemas humanos del pueblo”. Sólo la ceguera e incompreensión inaudita de los Jerarcas de la época impidió la cristalización en Chile de un movimiento histórico que habría cambiado por completo el rumbo y la suerte de la clase obrera. En vez de eso se prefirió el paternalismo, “la administración” de la justicia verticalmente, o a través de sociedades de beneficencia y caridad, dependiendo arbitrariamente de la mala o buena fe del patrón, dejando las estructuras intactas al servicio de los más poderosos. Sin desconocer en absoluto las emergencias que las instituciones de beneficencia están llamadas a remediar, él buscaba soluciones definitivas. Y para ello era necesario promover la clase obrera como tal, a través de su propio dinamismo y ayudarla a encontrar soluciones permanentes enraizadas en la justicia, el derecho y la dignidad congénita del hombre. Esta era la tarea a la cual había jurado consagrarse el día de su ordenación sacerdotal, por-

que "es menester primero dar al hombre el pan corporal para que después pueda recibir el pan del espíritu".

Desafortunadamente, estas inquietudes del P. Vives sólo eran compartidas por un grupo pequeño aunque selecto de sus amigos. La mayoría católica de la época se aglutinaba en torno al Partido Conservador que por entonces pretendía monopolizar si no las inquietudes sociales, al menos las inquietudes políticas de los católicos. Sin contrapesos, porque la unidad monolítica de los católicos parecía exigir la militancia en este partido. Ser católico y ser conservador debía ser una misma cosa. Ello, naturalmente, originó muy lógicas contradicciones y discusiones que dividían peligrosamente a los católicos en una época en que ya se iba plasmando promisoriamente un frente popular común entre socialistas, comunistas y otras fuerzas de "izquierda".

En 1933 los obispos de Chile, fuertemente presionados desde la "derecha", decidieron poner punto final a tales discusiones y establecer la obligación para los católicos de militar en el Partido Conservador. Pero el Nuncio Apostólico de entonces, Mons. Ettore Felici, más abierto y menos influenciado por intereses domésticos, pidió consultar a la Santa Sede antes de emitir un pronunciamiento definitivo en materia tan importante. La respuesta de Roma coincide plenamente con la actitud práctica que el P. Vives había mantenido al respecto y está contenida en la histórica carta del entonces cardenal Pacelli (19 de junio de 1934) y futuro Pío XII en la cual entrega a la conciencia y madurez de los católicos libertad para la militancia política. "Ningún partido —dice el cardenal Pacelli—, aunque se proponga inspirarse en la doctrina de la Iglesia y defender sus derechos, puede arrogarse la representa-

ción de todos los fieles, ya que su programa concreto no podrá tener nunca un valor absoluto para todos y sus actuaciones prácticas están sujetas a error... Debe dejarse a los fieles la libertad que les compete como ciudadanos de constituir agrupaciones políticas y militar en ellas siempre que éstas den suficientes garantías de respeto a los derechos de la Iglesia y de las almas". En adelante, y gracias a estas directivas clarividentes de Roma (el diario "católico" de la época no las publicó en su integridad para resguardar a los católicos de las "imprudencias" del Papa), tanto las "derechas" como las "izquierdas" —señala el P. Vives— dejarían de tener significación religiosa y pasarían a tener significación política y económica". Se ampliaba así la plataforma y campo de acción política para los católicos, pues —continúa el P. Vives— "izquierdas" y "derechas" ya no significarían en adelante necesariamente división en el campo religioso, pues ambas son tendencias económicas: las "derechas", las mantenedoras del régimen pasado; las "izquierdas", las propiciadoras de un orden social nuevo". ¿Por qué —se había preguntado el P. Vives unos años antes— han de ser comunistas y socialistas quienes han de enarbolar banderas que siempre debieran haber estado en manos de la Iglesia?

A pesar de las atinadas reflexiones del P. Vives acerca de un problema de singular trascendencia para el futuro político del país, ni su mentalidad ni su actitud fue la del político. Sus armas no fueron la demagogia ni la explotación sentimental de las pasiones humanas. Su espíritu era eminentemente sacerdotal y apostólico, sin petulancias ni dogmatismos. Enamorado de esa Verdad que proclama y a la cual exige adhesión plena el Evangelio, buscó promover los valores humanos a

través de la instrucción religiosa y de la organización cristiana del trabajo sin confusiones ni discriminaciones en los campos de su actividad social, política y religiosa. Enemigo por naturaleza de las ideas estatales, mal pudo ser acusado de socialista quien luchó precisamente por crear una alternativa cristiana frente a este movimiento social, en el cual, además de evidenciar sus errores, supo valorar los elementos positivos en que aquellos se sustentaban. "El socialismo puro —escribe— en sus doctrinas más intransigentes, no tiende a legislar sino para hombres apocados, inclinados por su mentalidad a la esclavitud".

Siempre consideró la politiquería y la politización de la juventud como algo impertinente y contraproducente. Y para distraerla de tales preocupaciones prematuras le buscó cauces adecuados al dinamismo de sus inquietudes e ideales. No quería caudillos políticos sino apóstoles sociales. Este fue el afán y el quehacer que llenó la mejor parte de su vida. Para formarlos de acuerdo a sus principios, organizó círculos de estudio para profesionales, estudiantes, obreros que luego supieron prolongar sus afanes con sacrificio y generosidad. Luego organiza la Liga Social, la Liga de Acción Sacerdotal. Asesora la Unión de Trabajadores de la Construcción, la Acción Popular y otras entidades para que aprendieran a actuar con criterios cristianos frente a las nuevas ideologías materialistas que se venían filtrando en Chile.

Estas son las lecciones que encontramos diseminadas en sus escritos. En ellas insiste en que la Iglesia debe desmentir con los hechos la acusación de estar tradicionalmente coludida con

los poderosos; que debe anteponer la justicia a la caridad y ésta a su vez debe inspirar y perfeccionar la justicia; la función social de las riquezas y de la propiedad privada; la subdivisión de la tierra y otras reflexiones anticipadas 40 años a la Reforma Agraria, al pluralismo político, a los cristianos de izquierda y marxistas cristianos, colaboración y convergencias con el comunismo, capitalismo y otras cuestiones candentes de nuestra época. Todo ello con serenidad y buena fundamentación doctrinal; con atisbos de ironía frente a las ideologías extrañas, pero con respeto y caridad para con las personas, sin atizar odios de clases, sino buscando la unidad y la concordia dentro de la gran familia chilena.

No quisiera terminar estas reflexiones sin mostrar un texto del P. Vives en que señala las causas y las dificultades del problema social en Chile, en un tiempo que pareciera haberse detenido en 1935:

“Nuestra civilización, aunque originalmente inspirada en el cristianismo, está infectada ahora por elementos no cristianos. La miseria creciente de los pobres, el trabajo pesado de las mujeres y los niños, la carencia de una verdadera educación religiosa de la juventud, la degradada condición de los obreros, el notorio egoísmo de muchos capitalistas, el abuso de aquellos ricos que sólo buscan el placer, la desigual repartición de los cargos públicos, el impuesto que no cae justamente sobre las ganancias e industrias de los poseedores de los negocios, la continuación de una crónica desocupación, el fomento del vicio de la intemperancia, la depravación social de nuestras calles y espectáculos, el fomento oficial del juego y

su extensión clandestina, la falsía e inmoralidad que degrada la prensa, todas éstas y otras formas de **DESPOTISMO, INJUSTICIA y ANARQUIA**, que forman el tema de la acusación socialista, exigen también una austera condenación de quienes profesan la fe católica". ("La cuestión social vista por un jesuita". PROA, junio de 1935, pág. 10.)

Fco. Javier Cid G.

PRENOTANDO

La preocupación primordial del P. Vives no fue escribir o hablar sino actuar y llevar a la práctica sus ideales. De hecho no se conserva ningún libro suyo que nos muestre en forma organizada su pensamiento. Afortunadamente se encuentran sueltos y desarticulados —aquí y allá— numerosos artículos suyos que han hecho posible esta selección. Esta es, por consiguiente, la primera colección sistemática o sistematizada de sus escritos. En su mayoría han sido sacados literalmente a la luz desde las sombrías bóvedas de la Biblioteca Nacional, archivados en el diario LA UNION de Valparaíso en donde el Padre escribió con el seudónimo de JAIME EDEN, entre 1932 y 1935. En su edición del 22 de septiembre de 1935, el día siguiente de su fallecimiento, leemos lo siguiente: “En sus estudios y colaboraciones en LA UNION, abordó (el P. Vives) temas del más alto interés. Su seudónimo JAIME EDEN se hizo familiar para los hombres que querían beber en fuente abundosa y perenne las enseñanzas sociales de la Iglesia”.

Su estilo es claro y fiel reflejo de su persona y de sus ideas. Utiliza un vocabulario muy aproximado al nuestro y, por lo mismo, encuentra fácil

equivalencia en el lenguaje socio-económico-científico moderno.

Se trasluce fácilmente al profesor o pedagogo que pretendía enseñar y esclarecer principios cristianos para contrarrestar con la luz de la verdad el influjo creciente y desorientador del socialismo y comunismo.

Evidencia una obsesión por que la Iglesia (siempre tarda en su ritmo secular) se anticipara a estos movimientos nuevos en su tarea y deber de una auténtica promoción social del proletariado... o que al menos no estorbara o se interpusiera como obstáculo a quienes tenían más independencia y vocación para realizarla.

FCO. JAVIER CID G.

COMPROMISO SOCIAL
DE FERNANDO VIVES SOLAR

*En mi larga vida de actividades sociales
JAMAS he traicionado la causa del pueblo.
Tendré derecho de acusar de calumniador
al que pretendiese enrostrarme
cualquiera claudicación en favor de los ricos
y patrones.*

*Puedo decir con toda sinceridad
las palabras del cardenal Manning:
"amé a Cristo y así aprendí
a amar al pueblo
por el cual Aquél murió".*

*Pongo al mismo Dios por testigo
de la declaración que os haré:
sea colgado de un árbol de nuestras plazas,
sea despedazado por las turbas desenfrenadas,
si me aparto alguna vez
del servicio exclusivo del pueblo
a quien con voto me comprometí a servir
el mismo día de mi ordenación sacerdotal.*

*Tengo, pues, derecho
a que me miréis con confianza,
a que contéis con nuestra voluntad
en ayuda de vuestras obras...*

(DISCURSO EN EL ANIVERSARIO DE RERUM NOVARUM, 15 de mayo de 1934. Texto manuscrito de su puño y letra en poder del Pbro. Oscar de la Fuente).

I. VALORES Y DERECHOS HUMANOS

- Dignidad y desarrollo integral de la persona humana
- Derecho a una vida digna
- Dignidad del obrero manual
- Justicia y caridad
- La caridad debe inspirar la justicia
- La caridad, virtud social
- Deberes y derechos cívicos
- Derechos del trabajador
- Origen de la propiedad privada
- Finalidad humana del trabajo
- Educación del obrero
- Formación del obrero por el obrero
- Formar la conciencia social del pueblo
- Madurez política del pueblo
- Desarrollar valores espirituales
- Misión de la mujer
- Misión de la juventud
- Responsabilidad social de los maestros
- Derecho a una educación humanista e integral
- Persona humana y socialismo
- Injusticia social y marxismo
- Fraternidad y paz social
- El significado de Patria
- Amor a la Patria y amor a la Humanidad

DIGNIDAD Y DESARROLLO INTEGRAL DE LA PERSONA HUMANA

La moral cristiana pone en primer lugar en la dependencia con respecto a Dios, el principio del respeto a la persona humana. Reconoce en el hombre una personalidad natural anterior y superior a la personalidad jurídica de la que gozan las sociedades. Ser inteligente y libre, dotado de una conciencia que le da plena responsabilidad de sus actos, debe alcanzar, por el desarrollo de sus potencias físicas y espirituales, según las leyes de su naturaleza, sus fines temporales; y por el progreso de sus relaciones religiosas con Dios, su fin sobrenatural y último que le confiere definitivamente su más alta dignidad.

La sociedad debe respetar y proteger contra todo atentado los derechos esenciales e inalienables de la persona humana. Ella no podría confiscar sin abuso al hombre en provecho exclusivo de sus fines que son legítimos, pero mucho más limitados.

(En la Asamblea de cardenales y arzobispos de Francia, La Unión, 17 de mayo de 1934, pág. 3).

DERECHO A UNA VIDA DIGNA

...Hay, además, un derecho a una vida decente, a una vida no de miseria, a una vida que dé a conocer no solamente los bienes materiales, sino también los espirituales.

Es el derecho para todos los incapaces para el trabajo o para los de paro forzoso de vivir a lo menos vida de hombres. Es el derecho del niño a recibir primero la existencia después de su nacimiento, a recibir el alimento no sólo del cuerpo sino también del alma.

Es el derecho para la mujer de ser puesta en condición de cumplir dignamente su función de esposa y de madre.

Es el derecho para el anciano después de haber luchado toda su vida, después de haber aportado sus fuerzas para el acrecentamiento del Bien Común de la humanidad, de conocer, en fin, no la miseria y el abandono sino días de paz y reposo.

Es el derecho, en fin, para todo ser humano que vive en una sociedad como la nuestra, de ser realmente un miembro de esa sociedad y no un paria, de vivir vida eminentemente digna de su naturaleza y no en condiciones que son una vergüenza para nuestra civilización.

Es pues, en una palabra, el derecho del hombre en condiciones de vida normal y el deber para la sociedad de garantizarle esta vida, el deber para todos y cada uno de cooperar, por su parte, al bienestar material y espiritual de la humanidad entera.

(La persona humana y el derecho a la vida. La Unión, 18 de octubre de 1934, pág. 3).

DIGNIDAD DEL OBRERO MANUAL

Estamos orgullosos de los magníficos progresos de nuestra civilización moderna, de esos edificios suntuosos que surgen de la tierra, de esas máquinas formidables que ponen a disposición del hombre las fuerzas de la naturaleza. Glorificamos —y con razón— a los sabios que las han concebido. Pero no olvidemos que esas geniales construcciones jamás se habrían realizado sin la colaboración del obrero manual. No hay una piedra de ese edificio, ni una pieza de máquina que no haya pasado por esas manos. Millones de hombres han dado algo de su vida a cada trozo de esos instrumentos magníficos de riqueza y de progreso. Ahora, en la gran lucha de la humanidad contra las fuerzas de la naturaleza, los que llevan cada día el peso de esta lucha, sufriendo las intemperies, viviendo en el fondo de las minas, quemados por el calor de los hornos, empozoñados por los gases de las fábricas, consumiendo en ellas su salud y vida, son los obreros manuales.

El obrero es un hermano desconocido, humillado y que sufre, pero un hermano dotado de magníficas cualidades. ¿No es verdaderamente digno de nuestro amor? Por favor, no lo recibáis friamente con una condescendencia política, sino id a él con los brazos abiertos y con todo vuestro corazón.

(Grande obra social, La Unión, 24 de abril de 1932, pág. 3).

JUSTICIA Y CARIDAD

La justicia es esencialmente una virtud *natural* que se adquiere y desarrolla con la repeti-

ción de los actos... Responde sin duda a la necesidad innata y general que prueba un ser razonable de realizar el idea racional en todas las cosas que se presenten a sus ojos, pero de modo particular para salvaguardar con otro relaciones sin las cuales la vida en sociedad, que es natural al hombre, sería imposible. Por este título el origen de la justicia es muy humano.

La caridad al contrario es esencialmente una virtud sobrenatural... y consiste formalmente en amar a Dios sobre todas las cosas, por El mismo, y al prójimo como a mí mismo, por amor de Dios. De hecho el cristiano que vive de fe no puede separar la caridad de la justicia humana sobrenaturalizada por la gracia...

A esta diversidad de origen hay que agregar la diversidad de objeto. El de la justicia humana es el derecho ajeno independiente de las relaciones de indiferencia, de amistad o de enemistad. La justicia no me obliga a amar al prójimo sino a respetar su derecho. La caridad por el contrario me obliga a amar a la persona humana, sin que tenga ningún derecho a este amor. La obligación de amarla me viene de Dios y es un don gratuito suyo el beneficio que le hace a la creatura al obligarme que yo la ame...

En consecuencia, estoy obligado por la caridad a amar al prójimo sin que él tenga derecho. En cambio, satisfago el deber de justicia respetando el derecho ajeno sin ninguna obligación de amar a la persona objeto de este derecho. Por la ley de la caridad el prójimo es otro yo, por la ley de la justicia es distinto de mí.

En cuanto a la función práctica de la caridad, debemos recordar que un cristiano no puede vanagloriarse de tener en su corazón la caridad si desprecia la justicia, en cualquier forma que se presente. Todas las virtudes humanas o divinas,

naturales o sobrenaturales, tienen conexión con la caridad. Es en este sentido que la caridad es lazo de perfección a la que contribuyen cada uno por su parte y a su modo. Un cristiano no tiene derecho de excluir del dominio de su actividad humana la justicia, llámese conmutativa, distributiva o social, así como no tiene derecho a suprimir la práctica de la prudencia o de la templanza.

Nada más desgraciado sería suprimir la caridad creyendo que la justicia basta. Aun el incrédulo o mal cristiano... debe en la práctica de la justicia sentirse movido por espíritu de amor al prójimo, porque sin un movimiento del corazón que le incline hacia su semejante es imposible que pueda cumplir exactamente con los dictados de la justicia: summum ius, summa iniuria.

(Diferencias entre la justicia y la caridad, La Unión, 4 de enero de 1935, pág. 3).

LA CARIDAD DEBE INSPIRAR LA JUSTICIA

Una de las acusaciones que con más frecuencia oímos lanzar al socialismo contra la Iglesia católica, es que ésta enseña la caridad, pero ignora la justicia. En nuestra época, dicen sus voceros, el hombre no pide más que justicia, pero la reclama toda entera: que se le conceda y tiene bastante. "Nosotros queremos —escribe M. Georges Renard, que la limosna se haga inútil y sea reemplazada por la solidaridad social". "La insuficiencia de la moral cristiana no resulta de la malicia de los hombres, sino de sus principios mismos".

¡Nada es más falso que esta aserción! Sin duda que la Iglesia enseña que la caridad, no solamente la limosna, como equivocadamente se in-

terpreta, sino el amor sobrenatural a Dios que incluye el del prójimo, es la más alta de las virtudes. Con todo, el pretender que la caridad tenga lugar al practicar las demás buenas obras y que los hombres se encuentren ligados por los vínculos del amor fraternal que los una entre sí y no sólo les obligue a entregar al que tiene una porción de lo suyo al que no tiene, quiere que practique aquel primer principio: "no hagas a otro lo que no quieras para ti", y la consecuencia de éste deducida por el Evangelio, "amarás a tu prójimo como a ti mismo", el catolicismo ha establecido cuidadosamente las relaciones que deben mediar entre la caridad y la justicia, sin confundir jamás la una con la otra. Se necesita gran audacia e ignorar hasta la existencia del Derecho Canónico y de la Teología Moral, que es la expresión de la justicia en el dominio de las cosas sagradas. En nombre de la justicia, los Sumos Pontífices defienden el derecho de propiedad individual. Si la Iglesia rechaza el medio que el socialismo propone para establecer la igualdad de condiciones, es precisamente porque este medio le parece soberanamente injusto.

En cuanto a las mejoras que reconoce como necesarias, no las reclama en nombre de la caridad, muchas de ellas las exige en nombre de la justicia, a tal punto que conmina al Estado para que con leyes asegure el cumplimiento de las mejoras. En nombre de la justicia, pide que los trabajadores tengan libertad para conservar sus creencias y se les faciliten los medios para cumplir con sus deberes religiosos; que puedan defender su moralidad y no sea amenazada con una promiscuidad peligrosa; que su salario, cualquiera que sean las condiciones de la oferta y la demanda, sea suficiente para permitir que lleven ellos y su familia una vida sobria y honesta y que aún

les quede algo para formar un pequeño capital; que no se atente a su salud imponiéndoles un trabajo excesivo y desproporcionado a su edad y sexo.

Con todo, la Iglesia no ha caído en el exceso en que han caído muchos de los modernos sociólogos y moralistas. No cree que todas las relaciones sociales sean sometidas al solo control de la justicia, que se reduzcan como lo pretende el "solidarismo" a una simple cuestión de "debe" y "haber". La supervivencia misma del solidarismo, a pesar de su impotencia en constituirse en sistema y a pesar de la fragilidad de sus principios, es una prueba de que la caridad es necesaria y que no puede prescindirse de ella. Porque —observa M. Boutroux— si el solidarismo subsiste, es que hay un sentimiento, una creencia, una aspiración. Es la simpatía que tiende a venir en ayuda de los desheredados y utilizar para este objeto las fuerzas de la sociedad... En suma, antes y después de la campaña solidarista, nos encontramos enfrente de la caridad o amor de los hombres".

La Iglesia no había esperado esta experiencia para enseñar que la caridad debe permanecer como la inspiradora constante de la justicia misma y que debe completar la obra del derecho. Es propagándola en todos los corazones que esta institución divina ha hecho repartir sobre todas las miserias, auxilios abundantes que la justicia habría podido rehusar, que ha hecho pasar lo superfluo del rico a las manos del pobre, que ella ha suscitado tantas obras de asistencia, gotas de leche, casas-cunas, orfelinatos, dispensarios, asilos, colonias agrícolas y de vacaciones, visitas a domicilio, etc., y que ella las multiplica incesantemente. Sí, es predicando infatigablemente la caridad, manteniéndola en las almas, como ella lleva a los hombres a dar no solamente su dinero

sino también su tiempo, sus fuerzas, y lo que vale más que todo, su corazón. Porque esta caridad no es solamente el simple amor a los hombres por un sentimiento de humanidad: es un soplo ardiente salido del corazón de Dios y que funde los más duros egoísmos.

(*Justicia y caridad, La Unión, 29 de octubre de 1932, pág. 3*).

LA CARIDAD, VIRTUD SOCIAL

...Una sociedad donde la caridad fuese proscrita, donde las relaciones de hombre a hombre sólo fuesen regladas y cumplidas según los dictámenes de la justicia, no tardaría en perecer. Podría compararse a una tierra, fecunda de suyo, pero a quien el agricultor le negase los elementos necesarios para hacerla producir, como agua, abonos, etc. O mejor, como engranaje perfectamente ajustado en la máquina, pero desprovisto de lubricante: la caridad es la virtud aceite que impide los rozamientos y gracias a la cual las asperezas que suelen producirse en el contacto de los hombres se eliminarían y evitarían choques violentos que perjudican la suave acción de la máquina del Estado.

...El progreso social está íntimamente ligado a la caridad cristiana. De ello nos da pruebas brillantes la historia de los primeros tiempos de la Iglesia. La máxima pagana "homo homini lupus" (el hombre es para el hombre una fiera) había llevado a la sociedad romana a los últimos grados de corrupción, se esterilizaba, caía en delincuencia roída por vergonzoso egoísmo. ¿A qué resurrección no asistimos bajo la influencia de la doctrina del Salvador? La rehabilitación de la mujer, la eman-

cipación de los esclavos, la glorificación del trabajo, la protección de los débiles y de los oprimidos, tal es el balance de los esfuerzos de la Iglesia por mantener la ley del amor fraternal entre los hombres.

Esa es la ley de la caridad a la que León XIII, en la encíclica *Rerum Novarum* preconiza efectos saludables: la presenta como el antídoto de todas las causas sociales de desorganización... Las ideas modernas de filantropía, de solidaridad y de altruismo, no son su "falsificación" (de la caridad) y es el homenaje que los librepensadores rinden a la excelencia del catolicismo. Cuando se cree practicar por solidaridad o altruismo, es la caridad que se ejercita; tan verdadera es la palabra de Guizot de que "somos mucho más cristianos de lo que sabemos".

(*La caridad, virtud social. La Unión*, 8 de enero de 1933, pág. 3).

DEBERES Y DERECHOS CIVICOS

Todos los hombres están obligados, según los principios católicos, a tomar parte en la vida pública, puesto que es ahí donde los intereses religiosos están comprometidos y de la buena o mala acción de la política dependen la prosperidad de la Iglesia y la influencia saludable que puede desarrollar en la nación.

En un país democrático todos podemos tener autoridad y, de consiguiente, nos cabe buena parte de la responsabilidad en la marcha del Estado.

La Constitución de Chile y las leyes que nos rigen nos asocian, en efecto, a las responsabilidades del poder. Disponemos primeramente del voto electoral, es decir, que en períodos fijos te-

nemos el poder y el deber de concurrir a las designaciones de aquellos a quienes están confiados los intereses del país. Además, de esta soberanía efímera nos encontramos con la libertad de reunión, de palabra y de prensa. La posibilidad permanente de una acción sobre la opinión que prepara las elecciones, provoca y orienta las corrientes políticas, controla y arregla la actividad gubernamental.

¿Hay necesidad de insistir sobre el interés que tiene el cumplimiento de este deber? Sea cual sea la opinión que tengamos sobre las instituciones democráticas y el descrédito en que han caído, una obligación estricta nos prescribe el deber de usar de nuestras prerrogativas políticas. Nosotros, católicos, encontramos allí primeramente el medio de proseguir con el desarrollo de las leyes, las reglas de moral cristiana y de las libertades esenciales de la Iglesia.

No son nuestros intereses personales tras los cuales debemos andar en la intervención en la vida pública, porque sabemos que una nación solamente puede prosperar cuando se toman en cuenta los eternos principios de moral cristiana.

Pero, por importante que sea esta acción, ella no agota nuestro deber de ciudadano. Hay otras muchas cuestiones que se ponen en las que no están comprometidos los intereses de la Iglesia, pero que interesan gravísimamente a la vida y al porvenir del país.

¿Cómo podríamos legitimamente desinteresarnos de ellas? ¿Cómo rehuir las responsabilidades que estas cuestiones envuelven?

Estos problemas tienen un valor intrínseco y reclaman de nosotros, en estricta justicia, toda la atención de que somos capaces.

A este número pertenecen, sin duda, las cuestiones económicosociales que, por otra parte, tocan de cerca a las religiosas, ya que el Sumo Pontífice no quiere que se separen.

(*Acción Católica y Acción Política. La Unión*, 15 de septiembre de 1934).

DERECHOS DEL TRABAJADOR

La protección del trabajo consiste en un conjunto de medidas que aseguren a la persona y a la familia del trabajador las condiciones materiales y morales de existencia reclamadas por las legítimas exigencias de la vida social y de la dignidad cristiana. Guárdenos Dios de proponer como medio la abolición de la propiedad privada, tan preconizada por socialistas y comunistas. Nada más perjudicial para la clase obrera como la pérdida de la esperanza de conseguir alguna vez el ser propietario. La propiedad debe ser respetada, porque ella es un derecho, pero también porque está conforme a los intereses de todos, porque es uno de los más poderosos resortes de la prosperidad pública.

Desde que el obrero trabaja importa, en primer lugar, que su trabajo sea remunerado según la justicia. La Iglesia poderosamente ha contribuido a hacer prevalecer esta doctrina, ahora sancionada por los grandes Tratados Internacionales, que el trabajo humano posee como medio para ganar el pan necesario del trabajador, un valor humano, un valor moral y espiritual, distinto de su valor de mercadería. En consecuencia *el salario* del trabajo cotidiano debe responder a las necesidades legítimas del obrero sobrio y honesto. Las garantías proporcionadas al pleno de-

recho del trabajador deben suministrarle el medio de mantener su familia y deben, por consiguiente, ser medidas en conformidad al número de los hijos menores. Problema delicado, complejo, que reclama soluciones ingeniosas y matizadas de las cuales las Cajas de Compensación, constituidas entre industriales de una misma región económica, por medio de subvenciones que corresponden a las cargas de familia, representan un ejemplo feliz y memorable entre todos los demás.

La cuestión del salario no es la única por resolver. Es necesario que las instituciones que rigen al mundo agrícola e industrial con todas las participaciones equitativas, con todos los controles exigidos por el interés público, midan equitativamente la duración del trabajo para cada categoría de trabajadores y garanticen prudentemente la *salubridad* de las condiciones en que cada uno se desenvuelve.

Las mismas instituciones de seguro, de previsión y de asistencia social deben prevenir a las eventualidades dolorosas de enfermedad y accidentes, del paro forzoso y de la vejez. El todo constituye un conjunto complejo, como son asimismo complejas las condiciones económicas del mundo contemporáneo, con su formidable concentración de actividades industriales y comerciales.

Añadamos que cada medida que asocie más estrechamente y de modo más directo al trabajador con la propiedad y a la propiedad con la empresa donde ejerce su labor, será una medida eminentemente útil para el interés de la empresa, para la concordia de las clases sociales y, en una palabra, para el interés del público.

Es interesante constatar que cada uno de los principios generales concernientes al trabajo, enu-

merados por el art. 427 y del Tratado de Versalles, que constituyen en cierto modo el código general de las naciones civilizadas, consagra concepciones notorias de la enseñanza social católica y muchas veces reproduce casi palabra por palabra, aserciones formuladas en 1891 por León XIII en la encíclica *Rerum Novarum*.

La protección del trabajo es pues, un dominio en el que no sin injusticia se podría afirmar que el catolicismo está atrasado en relación con las necesidades y justas aspiraciones de la sociedad contemporánea. Todas las reformas sabias que han sido o podrán ser realizadas en esta materia responden sin contradicción a las invitaciones maternales de la Iglesia como a las nobles inspiraciones del ideal cristiano.

(*Protección al trabajo. La Unión*, 22 de agosto de 1934, pág. 3).

ORIGEN DE LA PROPIEDAD PRIVADA

La existencia de la propiedad privada no es fruto de una injusticia. El día en que el hombre cercó un terreno libre, cultivado por él, aquel día se fundó la propiedad.

Esta apropiación de los bienes materiales es conforme a las necesidades de la naturaleza humana. Todo hombre aspira a gozar perdurablemente del fruto de su trabajo. Es más conforme a la vida social aquella vida que da al hombre más garantías contra la inseguridad del día de mañana. Esto es tan verdadero, que la mayor parte de las revoluciones, comprendida la de los Soviets, se han hecho para conseguir una división más general de la propiedad. La propiedad privada es, pues, un bien. Pero, como todos los

bienes, se puede también abusar de ella, gozándola egoístamente y acaparándola. Es propio del tiempo en que vivimos, donde el amor de los bienes materiales atropella y domina el amor de los bienes espirituales.

(*El comunismo, La Unión*, 19 de julio de 1932, pág. 3).

FINALIDAD HUMANA DEL TRABAJO

La noción del trabajo que hace de éste un acto humano destinado a suministrar lo necesario al trabajador y en segundo lugar a la prosperidad general, no es invención comunista. Es el cristianismo quien lo ha aportado al mundo en un tiempo en que el trabajo y el trabajador eran despreciados y considerados como esclavos. La teoría de Karl Marx y del comunismo según la cual el trabajador es despojado si no recibe el precio integral del objeto que ha producido, apenas si merece refutación por ir contra el buen sentido.

La suma de trabajo incorporada en un producto, no es el único elemento del precio de venta. Es necesario tomar en cuenta también el precio de la materia prima más o menos rara o preciosa, la remuneración de los servicios eventuales del transporte y de los intermediarios, el riesgo de mala venta y el beneficio honrado del empleador. No hay explotación verdadera más que cuando el trabajo no entra, bajo la forma de salario, en la parte que le corresponde a la estimación del valor de un producto. O bien cuando

las condiciones del producto están tan mal establecidas que reducen al obrero a una situación incompatible con sus necesidades y su dignidad.

(*El comunismo, La Unión*, 19 de julio de 1932, pág. 3).

EDUCACION DEL OBRERO

...No pido que los obreros sean bachilleres: Dios los libre de semejante calamidad. Pero conocimientos un poco más vastos que les descubran nuevos horizontes de la vida y les den más ocupación al entendimiento, les son necesarios, aparte de aquellos técnicos indispensables para sus oficios.

La tarea es inmensa, exige mucho tiempo y esfuerzos, pero producirá inmediatamente sus frutos, aunque no llegara a perfeccionarse.

...La Iglesia en el pasado ha libertado al pueblo de la esclavitud, de la servidumbre, del implacable individualismo, de la ignorancia religiosa: esta obra divina ha demandado siglos, jamás ha sido enteramente realizada y el progreso de la irreligión compromete hoy día el triunfo tan lentamente adquirido de la civilización cristiana. Es necesario reaccionar, volver a emprender el combate con las armas de la luz.

No basta ocuparse a la ligera de esta obra, tomarla como pasatiempo: instruir, fortalecer, formar una generación no son juego de niños. Se requiere de parte de quien emprende la obra, convicción, espíritu de sacrificio y un optimismo a toda prueba. Sin duda, se ha de huir del espíritu de abstracción incompatible con entendimientos poco cultivados. Al pueblo se le debe ha-

blar en su lengua, pero también darle una doctrina seria, sólida, que alimente el espíritu.

Se objetará que el obrero no se interesa por adquirir esta clase de conocimientos. Hay de todo, ocupémonos por ahora, en aquella parte selecta que tiene hambre y sed de verdad; su número es mayor del que muchos se imaginan. Y, en todo caso, empecemos por despertar en el alma del obrero el deseo de conocer la verdad y, en seguida, procuremos dar satisfacción a este deseo.

(Educación obrera, La Unión, 1º de noviembre de 1933, pág. 3).

FORMACION DEL OBRERO POR EL OBRERO

...La clase obrera ha llegado a un grado de desconfianza hacia las clases dirigentes que mira con recelo los esfuerzos de los bien intencionados para ayudarles a resolver sus problemas económicos y sociales.

En Chile nos encontramos ante esta dificultad para divulgar las sanas ideas católicas sociales y poner en contacto las dos clases sociales: esta es la política. La experiencia ha enseñado a nuestros obreros que por lo general no se les busca sino en tiempo de elecciones y entonces se les presenta programas muy hermosos de reivindicaciones sociales. Una vez conseguido el voto, la amistad se deshace y el elector proletario queda abandonado a sus propias fuerzas.

Estos males pueden remediarse de dos maneras:

1º, con la formación de un organismo que dé al obrero seguridades sobre su amor a la causa

que ellos defienden y que la colocan por encima de preocupaciones ancestrales, de intereses de clase y de fines políticos. Con esto nuestras clases populares irán poco a poco aceptando la cooperación que se les ofrece y, a medida que los hechos vayan confirmando las palabras, se irá consolidando la unión de elementos a quienes la naturaleza y diversas preocupaciones sociales había hecho vivir separados.

2º, la preparación de grupos escogidos de obreros a quienes se les adiestre para la propaganda y organización, a fin de poder conseguir la formación del obrero por el obrero. No es difícil educar a ciertos elementos de nuestro pueblo. Basta hacer una buena elección de personas adornadas de ciertas cualidades naturales las que, bien dirigidas, pueden dar por fruto improvisarlos como apóstoles de sus hermanos. La experiencia ha demostrado que sin estos elementos es imposible hacer nada de provecho en el mundo del trabajo.

El poder de la Confederación del Trabajo —escribe M. Pouget— no reside en fuertes cajas ni tampoco en el número de sus adherentes. Ella es un organismo vivo en el seno del cual las reacciones se cumplen según los modos que vemos en acción en la naturaleza: los elementos que ella agrupa y que son elementos de *élite* de la clase obrera, los más conscientes, los más revolucionarios, obran sobre la masa proletaria al igual que los fermentos y en las horas psicológicas su influencia es preponderante. El apostolado del obrero por el obrero, he ahí, pues la táctica que impone la edad en que vivimos.

(*El apostolado del obrero y la Liga Social, La Unión*, 18 de enero de 1934, pág. 3).

FORMAR LA CONCIENCIA SOCIAL DEL PUEBLO

...No sabéis con qué ansia y con qué gratitud recibe a veces el hombre del pueblo el grano de verdad que cae en las sequedades de su vida como una gota de rocío fecundante. Se siente dignificado, elevado a la región del pensamiento. Cada verdad le da idea de su ignorancia anterior, el esfuerzo que necesita desarrollar para aprender le da conciencia de su imperfección y de la limitación de su entendimiento, la relación entre el que enseña y el que aprende pone ante sus ojos la más verdadera de las jerarquías, la jerarquía de los espíritus, y le imprime sentimientos de humildad y de prudencia.

Los antiguos cuadros jerárquicos se han borrado en gran parte, sin que por eso las clases se hayan confundido, antes por el contrario, se han aislado más.

El caudal de ideas de virtudes, de normas de vida, que antes suministraban la herencia y las tradiciones, tiene ahora que formarlas cada uno como patrimonio en gran parte individual.

Todo hombre necesita al entrar en la vida un capital de convicciones y de ideas que le guíen en su camino.

Y cuando no tiene este capital, como sucede con harta frecuencia, el desequilibrio surge profundo y engendra una funesta anarquía moral. Al pueblo se ha dado mucho más poder que instrucción sana. Se le ha dado la facultad de decidirlo todo, y no se le ha puesto en condiciones de formar juicio propio acerca de nada. Tiene fuerza y no tiene luz. Es puramente el número.

La sociedad moderna es un régimen de guarismos.

(*Impresiones sociales, La Unión, 17 de octubre de 1933, pág. 3*).

MADUREZ POLITICA DEL PUEBLO

...Hace 50 años las candidaturas populares no prosperaban. Responda por nosotros la de don Benjamín Vicuña Mackenna, muy querido de las clases proletarias y de los obreros, y, sin embargo, hubo de desistir de su propósito ante el candidato de los partidos organizados, a quien muy pocos de sus electores no conocían ni siquiera de vista.

Hay alguna cosa que ha cambiado en Chile y esto es la independencia del pueblo, respecto a las clases dirigentes juntamente con el conocimiento de la importancia de su voto...

El cohecho ha dejado de tener la importancia predominante para conseguir el triunfo. Los partidos antiguos deben rejuvenecerse en su propaganda si no quieren morir. No son tampoco programas políticos, sino económicos los que atraen el favor del pueblo.

Los campos empiezan a definirse claramente: en una parte, las Juntas Ejecutivas con sus circulares pomposas y sus directorios provinciales sin vida ni ambiente. Por la otra, la organización sindical, los círculos de estudios, la propaganda metódica, el estudio de la idiosincrasia obrera, la formación de obreros competentes y abnegados, convencidos de la bondad de sus programas. El movimiento se inicia pero ya nadie lo detiene. El porvenir será de quien lo encauce, y ¡ay! de

las viejas tradiciones, si acomodadas en sus posiciones persisten en no ver las realidades.

Dentro de 4 años, ¿cuál será el resultado de las elecciones si las masas perfeccionan su organización? Las banderas de los partidos históricos serán buenas para ostentarlas en un museo de antigüedades...

Un apremiante llamado hacemos desde estas columnas a las personas de buena voluntad, para que estudien este problema, el más grave de los que puede presentársenos, y conforme a lo que su conciencia les señale, dediquen todas sus fuerzas, toda su influencia a contrarrestar con medios positivos las influencias perniciosas que se derraman por todas partes.

No nos vaya a suceder después que tengamos que *"llorar como mujeres, lo que no hemos sabido defender como hombres"*.

(Lecciones sociales de una jornada, La Unión, 9 de noviembre de 1932, pág. 3).

DESARROLLAR VALORES ESPIRITUALES

Todos los hombres al obrar pretenden apropiarse un trozo de felicidad: ser feliz es la ambición del género humano.

La miseria del socialismo consiste precisamente en ignorar en qué consiste la verdadera felicidad. Despreciando la genuina dignidad del hombre, le promete las condiciones más bajas de la felicidad humana, condiciones reales sin duda, pero que limitadas a esta bajeza, buscadas en el desprecio a todas las demás, hacen estas últimas imposibles.

La inmensidad del alma humana, capaz de conocerlo todo y de amarlo todo, no le permite descansar sino en un bien universal, permanente, durable, eterno, que no le permite desear otras cosas...

Todos los bienes de la tierra están por debajo del alma humana, es lo que olvida o desconoce el socialismo que no propone más que una igualdad de riquezas, materiales o de otro género, y que conduce todo su esfuerzo a distribuir provechos materiales o a asegurar las comodidades de la vida humana. Preocupación legítima, ella responde a unos de los fines esenciales de la sociedad, porque el hombre no puede vivir falto de un minimum de bienes, sobre el cual la autoridad civil debe vigilar...

Pero el hombre no vive sólo de pan. No le basta ser rico o nadar en la abundancia para vivir como hombre. Es injusto y gravemente injusto querer dar a los proletarios una vida más fácil y luego rehusarles el acceso a estos bienes supremos que el socialismo desprecia o pone en segundo término. Insistir demasiado, aquí o allá, en no mirar más que en los provechos materiales de las empresas humanas; romper el equilibrio necesario entre los bienes de la tierra, desconocer su jerarquía, consecuencia de la dignidad humana, introduce un desorden tan grave que estas mismas riquezas materiales buscadas con demasiado ardor, quedan comprometidas en una subversión general de los valores humanos. Lección de nuestra época.

(Grandezas católicas y miserias socialistas, La Unión, 19 de noviembre de 1933, pág. 3).

MISION DE LA MUJER

...Pueden cumplir su deber social, instruyéndose primero en las enseñanzas de la Iglesia, en las leyes sociales, en la verdadera situación de los trabajadores y en los medios de remediar sus males. Adoptando enseguida una actitud general de generosidad que manifiesta su espíritu de desprendimiento.

Es indudable que el primer cuidado de una mujer, sobre todo si esposa y madre, ha de ser para su hogar; y el tiempo que le sobra ha de reservarlo para el prójimo más alejado de ella.

No debe olvidar, como dice un doctor de la Iglesia, que lo superfluo del rico es lo necesario del pobre. Acercándose, pues, como hermana, habrá dado muchos pasos hacia la restauración del orden social cristiano.

(La Liga Católica Francesa y la Encíclica Quadragesimo Anno, La Unión, 29 de abril de 1932, pág. 3).

MISION DE LA JUVENTUD

En Chile noto un gran resurgimiento intelectual y espiritual de parte de la juventud. Esta debe primero formarse, estudiar a fondo los problemas y conocer las soluciones que, a mi juicio, no son otras que las propuestas por los Pontífices en sus Encíclicas. En seguida debe la juventud acercarse al pueblo con amor, de preferencia, conocer su idiosincrasia y servirlo con sinceridad y desinterés. Misión especial de la juventud es también formar grupos escogidos de obreros para que puedan influir directamente en su clase, cumpliendo así lo que pide Pío XI: que el obre-

ro sea influido por el mismo obrero. Esta obra la puede hacer mejor la juventud poniéndose en íntimo contacto con la juventud obrera.

En cuanto al problema político, no me toca a mí pronunciarme. Pueden ver la carta del cardenal Pacelli, dirigida a los obispos chilenos.

(La cuestión social vista por un jesuita. PROA, Ideario de la Federación de Estudiantes de Chile, junio de 1935, pág. 10).

RESPONSABILIDAD SOCIAL DE LOS MAESTROS

...No podríamos esperar para el porvenir, paz y orden público si se dejase impunemente a un número ya elevado de maestros hacer propaganda disolvente. Sabida es la influencia que puede ejercer el profesor en su alumno, sobre todo si se trata de niños ignorantes, crecidos en un ambiente de pobreza y desconocimiento de los problemas más elementales de la vida. Hijos de conventillo o de inquilinos, han de mirar al educador que el Estado les da como una especie de semidiós, cuyas palabras y doctrinas son para ellos dogmas. Ahora, bien, estos señores constituyen el elemento más avanzado, por regla general, entre nuestras instituciones sociales..., nos abren los ojos sobre la causa de la perversión de las ideas de aquellos a quienes el Estado entrega la función más sagrada que tiene a su cargo: la educación de nuestra juventud.

Nos encontramos con la eterna paradoja de los Estados liberales: medidas coercitivas para mantener el orden, declarar fuera de la ley sociedades y manifestaciones de programas subversivos y, por otra parte, incubación de sujetos

pagados por el Estado para que se repartan por el territorio de la República y formen libremente los elementos que han de sembrar estas ideas antisociales.

(*Enseñanza primaria, La Unión, 24 de diciembre de 1932, pág. 3*).

DERECHO A UNA EDUCACION HUMANISTA E INTEGRAL

No hay materia, aun incluyendo a cualquiera de las más serias que atormentan al mundo contemporáneo, que ocupe un lugar más prominente y esté colocado en mejor lugar en los programas de los partidos políticos como la de la formación de la juventud.

La escuela y las obras postescolares son para la sociedad, sean cuales sean los ideales que persigan, una cuestión vital. La formación moral e intelectual del hombre y del ciudadano preocupa en el más alto grado a todos los que han de mirar por el porvenir del país y de la civilización.

...Hay un hecho que hoy día hiere todas las miradas y es, encontrándose los hombres en presencia de condiciones de vida mejor gracias a los progresos materiales, se dan cuenta cada vez más de la insuficiencia de estos bienes para procurar la verdadera felicidad de los individuos y de los pueblos. Estos sienten vivamente aspiración hacia una perfección más elevada y quieren alcanzarla por medio de la educación. El sujeto de la educación, en efecto, es el hombre y el hombre todo entero, cuerpo, corazón, inteligencia y voluntad. Y ésta es la causa por qué importa soberanamente no errar en esta materia, puesto que se trata del fin al cual está íntimamente li-

gado estrecha y necesariamente toda la obra educadora.

...Ahora este niño, adolescente o joven, sujeto de la educación, es una persona humana que tiene derecho, por consiguiente, a la formación de su ser moral, físico e intelectual; pero de su ser propio individual, porque el hombre no es una abstracción, ni tampoco un átomo irracional perdido en la inmensidad del mundo. Es un ser vivo, un individuo particular que no es exactamente semejante a ningún otro, ni en sus aptitudes ni en sus gustos, ni en sus sentimientos, ni en la resonancia psicológica impresionada por las ideas y valores universales. Y la concepción que cada uno tiene de la educación, variará según su propia concepción de la naturaleza y del destino.

...¿El hombre debe ser sacrificado al progreso de la raza, a la grandeza económica o política de la nación, o bien la sociedad y el poder no existen más que para ayudar a la persona humana a la persecución y realización de su fin? ¿El individuo se basta a sí mismo o bien no puede perfeccionarse completamente, sino en el seno de la sociedad?

Son estas otras tantas cuestiones a las cuales la simple existencia del hombre pide respuesta que condicionará todo el problema de la educación.

Durante siglos el mundo ha ignorado el valor del hombre como individuo. Sólo el ciudadano contaba, el resto no tenía ningún derecho.

Correspondió al cristianismo poner al hombre en plena posesión y goce de sus fuerzas. La enseñanza de San Pablo le devolvía su personalidad propia, señalando vigorosamente la eminencia

te dignidad de la naturaleza humana. Si la verdad es una, los espíritus que se alimentan de ella y la asimilan son diversos.

(*La persona humana, sujeto de la educación, La Unión, 22 de octubre de 1934, pág. 3*).

PERSONA HUMANA Y SOCIALISMO

Entre todos los animales, el hombre es el más desprovisto de bienes naturales inferiores. Carece aun de instinto que le permita encontrar alimento para satisfacer sus necesidades en los primeros días de su existencia. Pero en cambio goza de una compensación divina: inteligencia y razón que le permiten conocer y escoger las cosas útiles y necesarias para su vida. Más todavía: está en sus facultades conocerse a sí mismo y a Dios, amar lo que libremente haya escogido. Pero él no será plenamente una *persona*, autónoma, de naturaleza intelectual y dueña de sus acciones sino a medida que la vida de la razón y de la libertad dominen sobre los sentidos y las pasiones. Sin esto, quedará como animal, un simple *individuo*, esclavo de los acontecimientos, de las circunstancias, siempre a remolque de cualquier cosa, incapaz de dirigirse por sí mismo; no podrá ser más que una parte, sin llegar a pretender ser un todo...

Desarrollar su *individualidad*, es vivir la vida egoísta de las pasiones, pretender hacerse el centro de todo. Y terminar, finalmente, por ser esclavo de innumerables bienes efímeros que sólo nos producen goces pasajeros.

La *personalidad*, al contrario, crece a medida que el alma, levantándose por encima del mundo sensible, se adhiere más estrechamente por la

inteligencia y la voluntad a lo que forma la vida del espíritu. (Gamzon-Lagrange, El sentido común...)

...Todo lo que pone obstáculo a la vida superior, racional y moral, aumenta las probabilidades de disgregación social. Y es por esta causa que la miseria material, la incertidumbre de lo porvenir, forman parte de estos obstáculos. Y por eso, un mínimo de beneficios materiales son necesarios para el ejercicio de la virtud y se han de buscar con anhelo. En este punto el socialismo tiene razón sobre el liberalismo. Pero si se preocupa hasta encontrarlos de los bienes materiales antes de haber conseguido con largueza los bienes verdaderamente humanos, la sociedad se disuelve, se hace inhumana, impone a todos esta dureza de costumbres, esta ausencia de amistades y de confianza que toma su origen en la fragilidad de los bienes fáciles de perder y que la muerte suprime de raíz.

No se edifica un orden social humano si se comienza por desconocer la naturaleza humana en su esencia. Para decirlo en una palabra, el socialismo puro, en sus doctrinas más intransigentes, no tiende a legislar sino para hombres apocados, inclinados por su mentalidad a la esclavitud.

(Grandezas del catolicismo y miserias del socialismo, La Unión, 18 de noviembre de 1933, pág. 3).

INJUSTICIA SOCIAL Y MARXISMO

Chile está más preparado que ningún otro país para que germinen las ideas comunistas, pues la mala distribución del capital es la causa determinante del comunismo.

Ya Trotzky sacó como resultado de sus observaciones en su viaje a España, que era la más preparada para el comunismo, debido a los latifundios y de ahí que en ciertas provincias españolas ha prendido el comunismo por esta causa que anotaba Trotzky, puesto que en las provincias del norte y centro de España, donde la propiedad está dividida, no ha penetrado el comunismo. Y si en Chile seguimos con esta teoría de que la gran propiedad agrícola permanezca en poder de un número privilegiado y reducido, corremos el peligro de caer en el mismo mal.

La mejor forma de evitar el avance del comunismo es yendo a la subdivisión de la tierra, creando el pequeño agricultor y dándole todo el bienestar posible.

(*La Acción. Suplemento Dominical*, reportaje al P. Vives, 20 de septiembre de 1931, pág. 3).

FRATERNIDAD Y PAZ SOCIAL

Todos los hombres son hermanos. Esta verdad fue proclamada hace 2 mil años por el cristianismo, y ella sola bastó para renovar la faz del mundo social.

La fraternidad cristiana, basada en la paternidad divina y en la consecuente filiación humana —es decir, si todos tenemos el mismo padre, entre nosotros somos hermanos— se sustenta en fundamentos mucho más sólidos que los proclamados por los corifeos de la Revolución Francesa, para quienes, desconociendo aun la unidad de origen de la especie humana, estimaban que a los hombres no ligaba otro nexo que el de la solidaridad de intereses y de tradiciones comunes. Ro-

tas, pues, estas tradiciones y contrariados los intereses, desaparecían los vínculos de amistad de unos hombres con otros.

Por eso no debemos extrañar que poco después de proclamada la fraternidad humana juntamente con la libertad, entendida a su modo, y la igualdad absoluta, los hombres de la revolución se hicieran la guerra más encarnizada, persiguiéndose como fieras, primero, dentro de su propio territorio y después llevando la tea incendiaria que destruyó lo que encontró a su paso hasta los confines del mundo. No sé si en nombre de la fraternidad ciudadana fueron conducidos al cadalso o sumergidos en las aguas centenares de miles de individuos a quienes no se les pudo probar otro crimen que la disparidad de ideas políticas o religiosas...

Volvamos por los fueros de la verdadera fraternidad y hablemos de nuestros semejantes el lenguaje del amor que les ha de unir por su divino origen.

...Son los católicos los que deben dirigir este inmenso movimiento contemporáneo hacia el ideal de fraternidad. Porque es el término de la fermentación religiosa con la cual el cristianismo ha amasado al mundo.

(*La fraternidad y la paz, La Unión*, 25 de febrero de 1933, pág. 3).

EL SIGNIFICADO DE PATRIA

Como la familia de la que es su prolongación, la patria es antes que todo un *producto biológico*. Su origen, como todos los grandes nombres, es romano: "*res patria*", la cosa adquirida y transmitida por los padres: el suelo que han cultiva-

do y donde descansan, la lengua que han hablado o modelado, la civilización donde se ha marcado su pensamiento, el conjunto de tradiciones que han creado o en la cual han vivido, el grupo, si no de sus consanguíneos, a lo menos de sus compañeros de trabajo, de gloria y de pruebas. No es la patria una realidad artificial y convencional, sino un producto espontáneo y progresivo de la vida.

Al esparcirse sobre la tierra el extenso río humano, el mismo se divide en múltiples brazos. Estos forman otras tantas patrias. Más o menos aisladas de las demás, cada una de estas corrientes parciales siguiendo su propio impulso, se traza solitariamente su ruta y se instala en su cauce, hasta que llega el día en que se encuentra con los otros que le recuerdan su origen común y su dependencia.

La patria no es el Estado (máquina administrativa, alguna vez odiosa, contra la que muchas veces el individuo debe defenderse y que no obtiene de él más que una sumisión más o menos temerosa), la patria está más allá de las leyes y reglamentos, los viejos recuerdos, las glorias de antaño, de las que se enorgullece, las reliquias que se veneran, los sitios causa de satisfacción y de amor, porque conservan algo de la persona de sus antepasados (y por consiguiente de sí mismo), está como inspirando todo esto. Al Estado se le obedece por disciplina, a la patria se la ama como a una madre; se la ama hasta morir por ella. La dependencia no es lo mismo en los dos casos: jurídica y artificial en el primero; es en la otra biológica, psicológica, económica y moral. El individuo puede escoger un Estado; pero, a decir verdad, no puede escogerse una patria. Sucede como en la familia, el nacimiento lo impone:

hacerse de amigos es posible; darse antepasados no lo es.

Pero es necesario reconocer que este amor al país natal no es igual en todos los hombres. La patria no tiene para todos la misma amplitud. En Chile, por la unidad de raza, religión e historia, todos los chilenos reconocen como su patria al territorio que se extiende desde Arica hasta el Cabo de Hornos; y un individuo de Osorno se encuentra tan chileno como uno de Copiapó... Siglos enteros ha costado uniformar la vida ciudadana y acostumbrar a los habitantes de los Estados modernos a considerar como patria los actuales límites políticos de la nación.

“Para que un país sea amado en su totalidad como una sola y misma patria —dice Leemarié— es necesario que en diversas ocasiones, una misma prueba, un mismo peligro, agrupando, penetrando a unos con otros les haya, por decirlo así, infundido a todos una comunidad de recuerdos y sentimientos; porque no la unidad de las leyes sino de los corazones es la que hace la patria. Una gran patria no está sólidamente constituida, sino cuando la solidaridad de sus regiones haya sido tan continuamente sentida que se ha hecho tradicional”.

Y así se explica que el patriotismo no puede vibrar en los que han abandonado su país natal en los primeros años de su edad. El hombre que desde su nacimiento abandona su país, es el que no sigue la huella terrestre de sus antepasados y que no sabe nada de su historia, es en realidad sin patria. La tierra que encierra a sus abuelos, que no fueron nada para él, no es amada; y él se siente extranjero en el suelo adonde fue transplantado. La patria es, antes que todo, una tradición, y la tierra de adopción no se la puede dar sino de lejos.

Es también sin patria el perpetuo errante, como que no ha querido fijar en ninguna parte su hogar y arraigarse en ninguna parte. Ciudadano del vasto globo, no se siente solidario con ninguna agrupación de hombres; pasa su vida recorriendo todos los Estados, sin fijar su planta en ninguno definitivamente.

Este *cosmopolita* (aunque la facilidad creciente de desplazamientos y la permeabilidad de los Estados modernos lo hacen menos raro) es todavía una excepción. La gran mayoría de los hombres viven donde han vivido sus padres. El viento, sin duda, arroja alguno de sus granos; pero es al pie de los viejos troncos donde crecen los renuevos del bosque que lleva trazas de no morir jamás.

(*El significado de patria, La Unión, 14 de julio de 1933, pág. 3*).

AMOR A LA PATRIA Y AMOR A LA HUMANIDAD

Es un hecho que la patria ha de ocupar un lugar importantísimo en el corazón del hombre, porque el amor que se le profesa es necesario para la defensa de la nación, ya que las pasiones humanas no permiten a los hombres regirse por los dictados de la justicia y del respeto del derecho ajeno.

Pero es un hecho también que las *patrias* particulares no son capaces de vivir y prosperar, ignorándose mutuamente o aceptando a regañadientes las relaciones exigidas por la naturaleza de las cosas. Hay un cierto *internacionalismo* que es también un hecho; con todo, la palabra es todavía tan poco precisa, contiene de tal modo más

sentimentalidad que ideas claras, que sería necesario confrontar estas tendencias con el espíritu cristiano de la paz... Por esto, así como debemos coordinar los intereses individuales con los que se refieren al bien común, así también el amor a la patria no nos ha de hacer olvidar los intereses de la humanidad.

(Un Congreso de Jóvenes en Lyon, La Unión, 6 de junio de 1933, pág. 3).

II. ESTRUCTURAS HUMANAS

Reforma moral, política y económica

Deber social del Estado

La autoridad, guardián de los derechos humanos

El estatismo contemporáneo

Crisis económica e imperialismo

Legítima evolución del régimen de propiedad

Función social de las riquezas

El trabajo, entero poseedor de la empresa

Clases sociales y lucha de clases

Espíritu de clases y lucha de clases

El problema agrario en Chile

Función social de la tierra

Parcelación de la tierra y bien común

El Estado y la expropiación de la tierra

¿Educación neutra?

¿Quién debe educar?

Oportunismo político

Un contrapeso para la democracia

Pluralismo político

Economía nacional y economía mundial

El Bien Común Internacional

Evolución o revolución social

REFORMA MORAL, POLITICA Y ECONOMICA

...La cuestión económica no es más que una parte de la cuestión social. La reforma que se califica con este último adjetivo se ha de componer de tres renovaciones, ninguna de las cuales puede darse por prescindible: la moral, la política y la económica. La importancia de cada una de ellas está en el orden en que la colocamos. Pero esta prelación no lleva consigo la misma prioridad en la sucesión cronológica y esto por una importantísima razón, que no pide ser enunciada para comprenderse: porque la perfección moral, la depuración ética de las ideas, de los sentimientos y de la conducta en cada individuo y en todos los pueblos es obra larga, de proceso muy accidentado y de efectos muy remotos. Por ser la mejor y la más honda y la más alta, la *reforma moral* debe comenzarse sin perder un minuto en labrarla y extenderla, pero sin olvidar que sus frutos son lejanos.

Cabe también iniciar desde ahora la *reforma política* que, si bien no requiere pasos tan pesados como aquélla, tampoco puede andar muy de prisa, porque en todas partes obligará a modificar el derecho constitucional del Estado, la

composición de los poderes públicos y la economía de la justicia distributiva, habiendo de tropezar con las imponderables dificultades de tamañas mutaciones.

En contraste, la *reforma económica* ha empezado ya y con brioso empuje. La cuestión social en su aspecto económico no será sólo "cuestión de hambre", como la apellida Klein; pero en mucha parte es cuestión de estómago, problema de mantenimiento y distribución de riquezas, cuyo acceso ha estado bastante cerrado al obrero, y se le ha condenado a estancarse económicamente de por vida, al mismo tiempo que se le concedían todos los derechos civiles y se le proclamaba soberano.

Lo que más urge en la hora actual es restablecer el equilibrio entre lo económico y lo político. La soberanía del pueblo con la miseria económica y, por consiguiente, con la ignorancia científica, no puede producir sino desorden y revolución. Necesita el pueblo para ejercer su soberanía política lo que, según Quevedo, necesitaba el señor Hidalgo para tener el *don:algo*.

(*Cuentas claras, La Unión*, 18 de octubre de 1932, pág. 3).

DEBER SOCIAL DEL ESTADO

...Sin duda las desigualdades excesivas producen perturbaciones en la sociedad cuando el poder o la riqueza no corresponde a las cargas que soportan ni son proporcionadas a las necesidades sociales, es decir, cuando el rico y el poderoso aparecen como egoístas que gozan solos de sus bienes. El remedio está en el ajuste de los

poderes y de las riquezas con las responsabilidades y cargas correspondientes. Y le toca al Estado hacer este ajuste en nombre de la justicia social que debe mantener.

No hay duda, tampoco, que el Estado puede y debe intervenir si la excesiva riqueza del vecino es indiferente con la desnudez y la miseria, lo que indica una injusta y mala repartición del trabajo humano. Porque la vida social implica para cada trabajador una honrada subsistencia familiar. Es el primero, el más necesario, el más importante de sus beneficios. Una buena legislación social basta para conseguirlo en la mayor parte de los casos.

(Insuficiencias socialistas, La Unión, 7 de diciembre de 1933, pág. 3).

LA AUTORIDAD, GUARDIAN DE LOS DERECHOS HUMANOS

...El hombre no puede vivir y desarrollarse sin que se embeba en un medio organizado que es el bien común de todos, fin temporal de nuestra existencia.

Dos fuerzas dirigen la actividad humana: la libertad y la autoridad (una y otra son naturales e inseparables y absolutamente esenciales). La unión de estas dos fuerzas funda el orden social manifestado en instituciones que en definitiva tienen por objeto la salvaguarda de la libertad individual, la salvaguarda del derecho a la vida y el desarrollo de la personalidad de cada uno.

(La persona humana y el derecho a la vida, La Unión, 18 de octubre de 1934, pág. 3).

EL ESTATISMO CONTEMPORANEO

El estatismo contemporáneo parece a primera vista fenómeno transitorio; es decir, que si corresponde a necesidades, son éstas pasajeras. Hay que esperar que el empobrecimiento, el desorden económico-social, la inestabilidad política posterior a la guerra y del momento actual no se prolonguen y que la intervención del Estado en dominios enteramente extraños al suyo perderá poco a poco su razón de ser. De otro modo sucederá o que sobrevenga una revuelta de los contribuyentes o de los grupos sociales o de las naciones. Pero esta revuelta va a parar a la anarquía.

Se manifiesta ya por la abstención política, por toda especie de astucias para escapar a la inquisición fiscal y por una desafección que puede volverse contra la patria misma. En todo caso, se constata en el pueblo democrático sentimiento de hostilidad contra el Estado mismo...

...Podríamos definir el estatismo en la forma en que lo concibe el Estado democrático liberal: un absolutismo anónimo y colectivo.

Este absolutismo es a la vez débil y poderoso. Es poderoso justamente porque no tiene cabeza, no se sabe dónde asestarle el golpe; esta masa a la vez pesada y amorfa queda inexpugnable. Pero orgánicamente es débil, porque este absolutismo hace del Estado incapaz de gobernar, pues le ha hecho perder su centro de gravedad. El Estado demasiado débil y demasiado potente queda así sin recursos, sin ayuda dentro de sí mismo; el poder está en todas partes, la responsabilidad en ninguna. El gobierno se las hecha sobre el parlamento; el parlamento sobre el elector; el elector la devuelve al gobierno que no obra, sino por medio de funcionarios.

La superorganización estatista amenaza a cada momento hundirse por su propio peso. Bastaría que se atascase en un punto para detenerse completamente. Es el vicio de todas las superorganizaciones cuando son en absoluto materialistas...

El estatismo es un régimen complicado que corresponde a una idea simple, o más bien simplista. Porque es simplismo querer confiar al Estado todas las funciones siguiendo la práctica del menor esfuerzo que es el fondo psicológico de la revolución moderna. Idea de perezosos o de apocados. Índice de fatiga, de agotamiento, tanto en los individuos como en los grupos sociales. Falta de imaginación entre los hombres políticos, total ineptitud para encontrar soluciones nuevas.

El estatismo es, por otra parte, un círculo vicioso, puesto que en lugar de remediar el empobrecimiento general y la pureza de los espíritus, los aumenta.

(*Estatismo, La Unión*, 24 de enero de 1935, pág. 3).

CRISIS ECONOMICA E IMPERIALISMO

Mucho se ha discutido sobre las causas de la crisis contemporánea que aflige a todo el universo. Complejas nos parecen y consecuencia de una serie de concausas anteriores a la guerra mundial; ésta la precipitó pero como un remedio mal aplicado. Decir que sobra gente en el mundo, que la racionalización del trabajo ha aumentado inconsiderablemente la producción, que el consumo se ha detenido por la pobreza produci-

da por la guerra, etc., etc., son elementos de la crisis que aparecen al exterior y no bastan para explicar su profundidad. El fenómeno es mucho más hondo y sólo podrá abrazarse en su conjunto después de algunos años, cuando hayan desaparecido los efectos tan horrorosos que lamentamos.

Sucede con esta crisis, y en general con los acontecimientos en medio de los cuales vivimos, lo mismo que con las obras de historia: los contemporáneos, si no quieren errar, deben contentarse con ser meros cronistas de los hechos. Toca a generaciones venideras penetrar el secreto de los acontecimientos y aquilatar el valor exacto de los hechos para poderlos juzgar con verdad y precisión y decir la última palabra sobre las verdaderas causas y efectos de todo aquello que preocupa a sus antepasados y no pudieron comprender.

Por esto creemos que la primera dificultad para resolver la crisis económica actual consiste en no saber examinar al enfermo y de consiguiente, en no dar con el diagnóstico. La segunda dificultad podemos colocarla en los intereses creados. Muchos buscan la solución en remedios que no les perjudique en lo más mínimo, y todavía pretenden sacar provecho de los mismos males que les rodean.

... Todos los países viven atentos a dar poco dinero a los demás y a recibir de ellos mucho, calculando su riqueza por la cuantía del saldo, y a tal fin se construyen complicados aranceles con derechos protectores y diferenciales de bandera. Y se olvida que no hay pueblo, por abundantes que sean sus recursos naturales y potentes las aptitudes industriales de sus hijos, que pueda bastarse a sí mismo. La naturaleza ha repartido

sus dones con sabia desigualdad para todas las comarcas de la tierra, creando verdaderos monopolios naturales.

El comercio exterior será pródigo en bienes para todas las naciones cuando a ninguna falte libertad para cambiar los productos que le sobran por los que le faltan.

La balanza de cambios fácilmente nos engaña, pues las estadísticas nos muestran números halagadores de desequilibrios en nuestro favor, cuando en realidad salen de nuestro mercado nuestros bienes de mayor valor. No notamos que de las estadísticas se excluyen gruesas sumas con que tributamos al extranjero por transportes y seguros marítimos, derechos portuarios, almacenaje, primas de cambio, giros de moneda, dividendos de las compañías poseedoras de nuestras riquezas más sólidas: como el cobre y el salitre, etc. No queremos hablar de nuestra deuda externa ni de las fuertes remesas que en época ordinaria se envían al extranjero para satisfacer los caprichos de nuestros millonarios que no se avienen a vivir en su patria.

Las naciones europeas y los Estados Unidos no padecen en el mismo grado de nuestros males. Pero, ¿cómo podrán abrir con liberalidad sus aduanas unas a otras cuando toda la industria y la economía actual está basada en el proteccionismo imperialista más absoluto? ¿Cómo colocar los sobrantes de mercaderías si al mismo tiempo no se reciben las que sobran a su vecino? ¿Qué prosperidad ha traído a Francia acumular en su Banco oficial la tercera parte del oro del mundo? El oro no se come, y en esta mutua desconfianza en que viven las naciones ni siquiera puede sa-

carse de las arcas por temor de que puesto en circulación produzca un desequilibrio que aumente los estragos de la crisis.

(*La crisis contemporánea, La Unión, 2 de noviembre de 1932, pág. 3*).

LEGITIMA EVOLUCION DEL REGIMEN DE PROPIEDAD

Es doctrina católica universalmente recibida y confirmada primero por León XIII y después por Pío XI que la propiedad privada es de *derecho natural*, o sea, concedida por el mismo Creador a los hombres y que siendo de este orden sirve no sólo para las necesidades del que la posee, sino también contribuye por ese solo hecho al bien social. Esto es en cuanto al *derecho* y *dejando éste incólume*, debemos reconocer que *el régimen de propiedad ha sufrido diversas transformaciones*, según los tiempos: así lo afirma la historia con hechos incontrovertibles. Hay todavía, con todo, almas timoratas que temen atentar contra el derecho de propiedad reconociendo esas evoluciones que producen límites a esos derechos, nacidos de la función social de la propiedad, es decir, para que atienda al Bien Común, además del interés particular. Parece, pues, a algunos, algo peligroso *para el orden establecido* dejar entrever que cualquiera de estos rodajes puedan ser legítimamente un día modificados.

El Papa Pío XI no padece tales temores y en la encíclica *Quadragesimo Anno* no duda de ponerlos en frente de esta ley de la historia: "La historia demuestra —nos dice el Papa—, que el

régimen de propiedad no es una cosa del todo inmutable, como tampoco lo son otros elementos sociales”.

...Así la Iglesia, aplicando a los regímenes económicos o sociales lo que ella ha muchas veces enseñado ya de los regímenes políticos, lejos de declararse solidaria de ninguno en particular, encara con calma la posibilidad de las transformaciones por venir. Estas transformaciones, declara, son perfectamente legítimas si están en armonía con la evolución general de la humanidad, pero con una condición especial: “que el egoísmo y la envidia sean siempre combatidos y siempre respetados la justicia y el amor”.

(La encíclica *Quadragesimo Anno* ante las legítimas evoluciones de los regímenes de la propiedad, *La Unión*, 16 de julio de 1932, pág. 3).

FUNCION SOCIAL DE LAS RIQUEZAS.

...Por otra parte, los pobres y los obreros principalmente han abandonado la Iglesia y los ricos no quieren oír verdades. Y éstas son, en verdad, terribles para ellos en el Evangelio si quieren poner en sus riquezas su felicidad: *vae vobis divitibus* que se puede oponer a la primera bienaventuranza *beati pauperes spiritu*. Grave es también la parábola de aquel rico avariento que se condenó por su falta de caridad, o las severas palabras con que el Señor manifestó su sentimiento con aquel joven que a causa de sus riquezas no quiso seguirle: “Más difícil es que un rico se salve que un camello pase por el ojo de

una aguja". San Pablo recordando la doctrina de Jesús, nos amonesta sobre las tentaciones a que nos exponen las riquezas y Santiago en su epístola nos habla el mismo lenguaje, recomendándonos sobre todo no hacer acepción de personas en detrimento de los pobres en asambleas cristianas. Por otra parte, en el último juicio, es acerca del buen o mal uso de las riquezas sobre lo que versará el examen que ha de preceder a la sentencia de vida o muerte eterna. Asimismo, en los Santos Padres y Doctores de la Iglesia encontramos pasajes tan fuertes que nos resistimos a ponerlos, porque habríamos de glosar cada uno de ellos para su recta inteligencia.

...El Evangelio y los Santos Padres no hablan con tanto vigor contra los ricos, porque abundan con bienes de fortuna sino porque son dominados por ellos y no reconocen otros derechos sino los que el dinero les proporciona, ni se creen obligados al mejor uso de esos bienes, adquiridos muchas veces quién sabe Dios cómo, que confirmándolos con sus caprichos y pasiones. Porque la posesión de riquezas hace al hombre soberbio, codicioso, injusto y a veces corrompido y corruptor.

Esa es la disposición y el ánimo de los judíos contra los que Cristo clamaba, y ésa es también en nuestros tiempos la tendencia de la plutocracia que domina los Bancos y las Bolsas de Comercio y la Agricultura, aguijoneada por la sed de lucro: "aurea sacra fames", sin que el estado de los propietarios ni las inmensas necesidades del mundo entero les impidan detener en su favor las corrientes de riquezas producidas y encauzadas por el trabajo de muchos que quedan en la miseria.

La doctrina cristiana sobre la riqueza pide

una distribución más equitativa de los bienes de la tierra, que el trabajo sea mejor remunerado y que sobre todo el hombre comprenda que ha de moderar sus codicias, ganar y conservar sus bienes conforme a las leyes de la Iglesia e invertir sus rentas teniendo en cuenta las necesidades de los demás y nunca jamás emplear ese dinero en lo que no sea muy conforme a la honestidad y buenas costumbres.

(*La Iglesia y la riqueza. La Unión*, 26 de febrero de 1932, pág. 3).

EL TRABAJO, ENTERO POSEEDOR DE LA EMPRESA

Cuando el Papa se hace intrépido doctor de la moral para reprobar la lucha de clases, no pretende sacrificar a los trabajadores a las exigencias de una caridad ilusoria. Bien sabe que el capital y el trabajo procuran cada uno sacar para sí la mejor parte. Pero encima de esta oposición de intereses inmediatos, el Papa ve en la *empresa* la realidad de un interés superior común a empleados y empleadores. A despecho de la pugna para dividir mejor los beneficios, el capital y el trabajo están ligados, quedan mutuamente necesarios y la solidaridad que los une indica la existencia de una asociación de hecho. Que esta asociación sea reconocida, que reciba un estatuto jurídico, y la asociación queda revestida de su organización natural. La desconfianza y la sospecha de explotación que engendran la lucha darán lugar a la confianza. Tratados como asociados y no como subordinados, los obreros mirarán con interés la prosperidad de la empresa y

entonces el trabajo será humano y se trabajará con buen ánimo y alegría. Este es el pensamiento de Pío XI que se trasluce muy claramente en su encíclica *Quadragesimo Anno*. Sin duda, el Papa se expresa con discreción, se guarda bien de comprometer, precipitándola, una reforma que estima necesaria. No olvida que estas instituciones no se desarrollan del día a la noche. Si él indica el camino que se ha de seguir, es bajo la forma de un deseo. Después de haber recordado que el régimen del salario no es de suyo ilegítimo, con tal que se observe la justicia, para demostrar que este sistema no puede considerarse como definitivo, Pío XI añade: "Estimamos, con todo, más apropiado a la vida social de temperar un poco en la medida de lo posible el contrato de trabajo por elementos tomados del contrato de sociedad. Es lo que, se ha comenzado a hacer bajo variadas formas, no sin provecho visible para los trabajadores y para los poseedores del capital. Así, los obreros y los empleados han sido llamados a participar en alguna manera de la propiedad de la empresa, en su gestión y en los provechos que aporta".

¿Cómo se hará la sustitución progresiva del contrato del salario en contrato de sociedad? En el término de la evolución, ¿cuál será el estatuto orgánico de la profesión?

Parece prematuro dar precisiones. Lo que podemos responder es que este progreso, todavía inmenso por realizar, no será la obra de los marxistas que añaden a la concurrencia exterior de la empresa otra concurrencia, interior, más nefasta todavía, sino que será fruto del paciente esfuerzo de todos aquellos a quienes anima el espíritu de justicia, es decir, de colaboración.

De esta organización profesional por instau-

rar no vemos sino un esbozo en el accionario donde el trabajo toma parte en la gestión de los negocios y en la participación de los beneficios, no como trabajo, sino como formando parte del capital. Nos damos cuenta mejor de esto en las sociedades anónimas de participación obrera regladas por la ley francesa de 1917, desgraciadamente muy poco aplicada, en la cual las acciones se dividen en acciones de capital y en acciones de trabajo.

Este régimen de colaboración da plena satisfacción a las exigencias de la justicia. Con todo, no señalaría el término del perfeccionamiento, porque se puede pensar en otro estatuto donde el trabajo, tanto de dirección como de ejecución, poseyese el entero dominio de la empresa.

Pero todo esto es por ahora quimérico. Festinar su ejecución es destruir hasta la esperanza de realizarlo alguna vez. Nada hay preparado para tamaña obra. ¿Cómo encontrar capitales, si los que deben suministrarlos no disponen de la mayoría de votos?

Concluamos que este estatuto ideal parece todavía una quimera. Más vale por ahora procurar la colaboración del capital y del trabajo en el organismo profesional.

(El trabajo y la asociación. La Unión, 23 de enero de 1934, pág. 3).

CLASES SOCIALES Y LUCHA DE CLASES

La existencia de clases sociales es tan conveniente a la sociedad como la lucha de clases preconizada por los socialistas, es antisocial. Dividir exclusivamente la sociedad actual en dos cla-

ses, la de los proletarios y la de los capitalistas entre las cuales, según la opinión de Karl Marx la batalla sería inevitable y sin tregua hasta que la primera absorba a la segunda, es mantener al mundo en un grado tal de tensión que ni los medios de producción ni industria alguna podría prosperar. Es, además, contrario a la realidad, ya que entre los capitalistas y genuinos proletarios hay un sinnúmero de seres intermedios que podrían formar clases con intereses, educación, inteligencia distintos. Pero no podemos negar que son los capitalistas los que han contribuido en gran parte a producir esta división y a hacerla más odiosa.

No quiero hablar ahora de la hostilidad con que han mirado a las clases trabajadoras, ni del empeño que han puesto para impedir que hagan uso de su derecho de asociación: las clases trabajadoras a la fuerza han logrado hacerse respetar. Me refiero ahora a ese desprecio con que las clases dirigentes han mirado a los que les parece que son inferiores a ellos en alcurnia, riqueza o educación. ¡Con qué título tan despectivo no se las califica como inferiores suyos! ¡Qué dispuestos están a poner de relieve sus errores y vicios! ¡Qué persuasión tan íntima tienen que a un trabajo manual, sea doméstico, industrial, artesano o agrícola, basta con que se le pague un jornal de hambre o poco menos y se da por razón, no pocas veces, que el resto que ganan lo inviertan en vicios! ¿Qué contestaríamos a un obrero que nos hablase de la necesidad de limitar las ganancias de los patrones para no dar pábulo a sus vicios? ¿O son éstos impecables?

Me atrevería a afirmar que en Chile son los capitalistas, viejos o nuevos ricos, los que producen y fomentan la lucha de clases. Cuando oigo

decir a algunos de éstos, criticando el lenguaje duro de personas pertenecientes a la clase media: "en el fondo lo que tiene es odio de clases", me vienen deseos de responder: "ese odio es consecuencia del desprecio con que Ud. los trata".

Pero una cosa es lucha de clases y otra, la existencia de clases, provocadas por la división del trabajo, la diversidad de ocupaciones, la desigualdad de fortunas, las disposiciones y aptitudes naturales, la influencia del derecho de herencia: hechos son éstos, y muchos otros del mismo género, que determinan en la sociedad civil diferentes categorías de personas, como dice Antoine.

Es un fenómeno natural que los individuos que tienen intereses comunes se agrupen y se entiendan. En nuestro tiempo, saliendo de Chile y prescindiendo de la lucha de clases de la escuela socialista que es artificial en muchas ocasiones, notamos en el seno de las sociedades más democráticas e igualitarias, al lado del proletariado, la clase de los grandes capitalistas que han venido a sustituir a la antigua nobleza: el clero, el ejército, la magistratura. El movimiento sindical que se desarrolla de día en día es una manifestación de esa tendencia natural al grupo de intereses y a la formación de clases.

En una u otra forma las clases sociales han existido siempre; en una sociedad donde reine el espíritu de justicia, éstas se forman naturalmente y el Estado las reconoce y las respeta. Cuando los hombres no han querido reconocer los derechos de sus semejantes, la primera manifestación de despotismo se ha mostrado en la sujeción a que han sometido a los que pueden menos que ellos, pero siempre ha surgido *la clase social*, o sea "diferentes agregaciones de hombres que ejer-

cen la misma profesión o la misma industria, o que se encuentran en igual posición social y, por por consiguiente, tienen los mismos intereses”.

Esta definición de un sabio sociólogo francés nos satisface plenamente, porque comprende las causas de este fenómeno social y las diversas especies que contienen. Toca al Estado estimular y dirigir estas clases, procurando liberarlas de los males que entregadas a sí mismas pueden producir y ordenarlas para que den el fruto que de su organización se debe esperar.

Un gobierno que pretende aprovecharse de las fuerzas sociales para obtener el máximo rendimiento en provecho del Bien Común, debe considerar ante todo las clases sociales agrupadas por las tendencias naturales del hombre.

(*Clases sociales, La Unión*, 6 de julio de 1932, pág. 3).

ESPIRITU DE CLASES Y LUCHA DE CLASES

...Debemos confesar que hay dos clases: la una, relativamente poco numerosa que posee control sobre la producción y sobre los cambios. La otra, que no posee otra cosa que su trabajo o un capital siempre más restringido para contrabalancear la influencia dominadora de algunos grandes grupos financieros. Conviene añadir que esta concentración es algunas veces necesaria desde el punto de vista económico. Esta es la situación nueva económica a la que se refiere Pío XI en su encíclica *Quadragesimo Anno*.

No neguemos, pues, la evidencia: si dentro de la vida y régimen civil y político no hay clases propiamente dichas, subsisten sin duda alguna

desde el punto de vista social y de relaciones mundanas. Y si hay clases, existe propiamente espíritu de clases. Y, ¿cómo impedir que el espíritu de clases termine en lucha de clases?

Confundir el espíritu de clase con el espíritu de lucha de clases que es el abuso y desviación de las clases sería tan injusto como asimilar el patriotismo luminoso con el nacionalismo agresivo.

El espíritu de clase es en sí una cosa natural y aun laudable que no implica desconocimiento de los derechos y necesidades de otras clases y procede de la conciencia de solidaridad de intereses del mismo rango y pertenecientes a un mismo nivel social. Cuando manifestamos al obrero la dignidad del trabajo, aun el más modesto, despertamos en él, en el sentido más elevado de la palabra, cierto espíritu de clase. No cesaremos de repetir, a la luz de las enseñanzas pontificias, que el trabajo humano debe ser eficazmente protegido y sabiamente reglamentado, porque es una cosa santa. Pero el obrero conoce bastante la historia del presente y del pasado para constatar que esta protección y esta reglamentación no han sido alcanzadas en el libre juego de la concurrencia sino, ante todo, por la fuerza progresiva de las organizaciones obreras. Y esta constatación debe necesariamente despertar en él el espíritu de clase.

Pero es necesario atreverse a ir más lejos aun de la lucha de clase, a condición de que ella no sea permanente y no recurra a medios violentos e injustos, queda una realidad que es necesario conocer en su conjunto y con la serenidad objetiva que debe caracterizar nuestros estudios. Digámoslo bien claro y pronto que la doctrina que afirma la inevitabilidad de esta lucha está

en las antípodas de la doctrina y de las aspiraciones cristianas. Pero no resulta de allí que todas las manifestaciones de la lucha de clase sean condenables siempre y en todas partes.

La guerra, y en previsión de su posibilidad la preparación de artefactos de muerte y de destrucción, son incompatibles con la doctrina de Aquel que quiso ser el Príncipe de la paz y el fundamento vivo de la fraternidad que debe unir a todos los hombres. Nadie habría deducido de ahí que una guerra de legítima defensa y la preparación que ella supone sean injustas.

Dados los medios que el capital dispone y las lecciones del pasado, respecto del uso que se puede hacer de las riquezas acumuladas en pocas manos, ¿no se pueden legitimar los esfuerzos del obrero para buscar un contrapeso a esas fuerzas que de otro modo serían omnipotentes y que tomadas en cuenta las codicias humanas podrían abusar violentamente de ellas?

Si las organizaciones obreras pueden producir abuso y por esto se han de condenar por las mismas razones, ¿no deberíamos prohibir las grandes concentraciones capitalistas?

Una vez equilibradas las fuerzas del trabajo y del capital por medio de asociaciones, debe irse a la paz social por medio de la Corporación, es decir, por medio de una gran agrupación de individuos que tengan los mismos intereses y en que a todos les conviene la conciliación para procurar el bien común.

Para la doctrina social católica, la lucha de clases debe ser un mal necesario con la mira siempre a la paz. Al revés del comunismo que

profesa como un bien esa lucha hasta conseguir la destrucción de una clase en beneficio exclusivo de la otra.

(Espíritu de clases y lucha de clases, La Unión, 12 de enero de 1935, pág. 3).

EL PROBLEMA AGRARIO EN CHILE

En Europa la tierra está tan bien dividida, que se la hace producir en forma maravillosa; se intensifican la chacarería, la fruticultura, la lechería, etc., y todo ello debido a la forma en que se encuentra dividida.

Ahora si en Chile se divide la propiedad y se la hace producir, el problema agrario queda de hecho resuelto y se obtendría un rendimiento enorme, porque el clima es benigno y no existen aquí pestes, como en otros países, que atacan a la agricultura.

Sólo falta que los futuros pequeños propietarios estén preparados para la gran obra que les espera.

...Considero igualmente que los agricultores, en cuyas manos se encuentra la propiedad agrícola, han sido desde hace 50 años los verdaderos culpables de la desvalorización de la moneda, operación que ejecutan a fin de que sus tierras tengan un mayor valor y puedan hipotecarlas con máximo provecho personal y con perjuicio evidente de la gran masa que forma la población del país, ocasionando, además, su ruina haber descuidado el cultivo intensivo de sus tierras.

(La Acción, Suplemento Dominical, reportaje al P. Vives, 20 de septiembre de 1931, pág. 3).

FUNCION SOCIAL DE LA TIERRA

Chile al tomar asiento entre las naciones independientes encontró que fuera de su nacionalidad ya formada carecía de elementos propios para mantener la nueva vida que con la potencia de su brazo se había creado; escasa de población, pobre de dinero, con instrucción muy rudimentaria, separada del resto del mundo por el mar, la cordillera y el desierto; tronco vigoroso pero escaso de ramas, parecía nuestra patria condenada a morir de asfixia, si no hubiese contado con hombres a quienes el mismo esfuerzo que los hizo luchar hasta alcanzar la independencia, no los hubiera animado después para buscar aire y producir la sabia alimentadora capaz de nutrir la nación...

...Nos encontramos ante el hecho lastimoso que la agricultura en Chile no ha sido capaz de alimentar a sus habitantes. ¿La causa?

No será el exceso de población, pues... su densidad es muy pequeña. ¿La pobreza de su tierra? Tenemos una de las más fértiles del mundo. ¿Dificultad de extracción o explotación? La línea central del ferrocarril y la disposición del territorio cercano al mar facilitan la producción y el acarreo. ¿Clima, pestes, plagas de insectos y otras calamidades? La Divina Providencia nos ha concedido todos los bienes imaginables dotando a nuestra patria de la temperatura más apropiada para toda clase de producción. La cordillera de los Andes nos sirve de muro para preservarnos de los fenómenos metereológicos y del ejército innumerable de langostas, hormigas y otros insectos que destruyen las más hermosas plantaciones en Argentina. Toda esta rica porción de tierra admirablemente dotada de todos los elemen-

tos que podríamos desear, no puede mantener a 4 millones de habitantes.

¿Por qué? Preguntémoselo a los agricultores y ojalá nos expliquen la causa de la escasa producción agrícola. Nueva Zelandia, con una superficie de 200 mil km.2 (casi la cuarta parte de la extensión de Chile) y 2 millones de habitantes, exportó solamente en frutas, hace 3 años, por un valor equivalente a la totalidad de la exportación nuestra. Su riqueza en ganado, cereales y demás frutos propios de la zona templada le bastan para su población y siempre queda un remanente exportable. Nada de más excelente encontramos en Nueva Zelandia, que no veamos en Chile y hay varias condiciones para la agricultura que están a nuestro favor.

Por eso, no vacilamos en opinar que el campo chileno ha sido mal administrado y que nuestros agricultores han pecado de pereza, rutina, imprevisión, derroche y egoísmo.

En lugar de dedicarse al cultivo de la tierra con toda intensidad, han dejado entregadas sus haciendas a mayordomos ignorantes, sin iniciativa, que no pueden conocer cuál ha de ser la función social de la tierra. Las aspiraciones de nuestros campesinos se han limitado a extender sus posesiones y no a sacar el mayor fruto de ellas. Verdaderos perros del hortelano y encerrados en su feroz individualismo, se satisfacen con la contemplación de sus extensos fundos que no pueden abarcar con la mirada e imaginan que el sol no se pone en sus dominios.

Esta situación toca ya a su fin.

El país no puede mantener una masa hambrienta de hombres que no tienen dónde trabajar y ganarse la vida, frente a esas ricas e incultas propiedades agrícolas que sus dueños no quie-

ren o no pueden explotar en forma que satisfaga las necesidades de la economía nacional.

Pueda ser que el espíritu de conservación sea capaz de abrir los ojos a los dormidos.

(¿Exceso de habitantes o mala dirección de los negocios? La Unión, 7 de mayo de 1932, pág. 3).

PARCELACION DE LA TIERRA Y BIEN COMUN

La crisis del salitre y del cobre ha hecho volver de nuevo a todos los chilenos hacia los campos, última esperanza nuestra en medio de tanta desolación. Es pues necesario que los campos produzcan lo suficiente para mantener a nuestros compatriotas y dejar un saldo de exportación, a fin de equilibrar nuestra balanza de cambios.

...Parece difícil que la mayoría de los agricultores se coloquen a la altura de su deber. Están acostumbrados a contar con el apoyo oficial y exigir toda clase de ventajas para asegurar el precio de sus exiguas cosechas. El individualismo que los envuelve no les ha permitido ver la responsabilidad que los afecta en orden a la riqueza pública. Han considerado como socialista la doctrina que enseña que no son dueños absolutos de la tierra, pues ésta, si es verdad, debe primeramente servir a sus propietarios, tiene una función social y muy sagrada que cumplir. Hace 20 años era delito de leso liberalismo exponer estas ideas. Hoy ha ido penetrando poco a poco en las ideas y ya los agricultores no pueden afectar desconocerlas.

¿Y en qué consiste la función social? En que la tierra y sus productos han de servir al bien común de la sociedad. De consiguiente, el agricultor que se contenta con cultivar el suelo para atender solamente a su bienestar y comodidad y deje sin cultivo buena parte de su suelo o lo haga producir notoriamente menos de lo que debe, se hace reo de un delito social para el que debe haber grave sanción. Sabemos que en los Dominios Papales, no sólo en la Edad Media, sino en los Tiempos Modernos, permitían al primer transeúnte trabajar en provecho propio tierras sin cultivo actual, perteneciesen a quien pertenecieran. A nadie se le ocurrió llamar socialistas a los Sumos Pontífices. Nos imaginamos cuál sería la tempestad que se levantaría contra el osado a quien hoy día se le ocurriese proponer un proyecto de ley con ese fin.

...Diversos planes se han propuesto para la parcelación de la tierra y el más conocido es el del impuesto único, que llevaría fatalmente a la división, ya que no podría pagarse sin una producción muy intensa y ésta no puede obtenerse sin un cultivo también intenso, imposible de realizarse en grandes predios.

Estamos convencidos que la función social de la tierra no puede conseguirse sin la parcelación. Por otra parte, como dice Antoine, la paz y la prosperidad social piden que la propiedad rural, lejos de quedar acumulada en un pequeño número de manos, se divida y penetre en la clase obrera. En esta división de la propiedad, León XIII veía en gran parte la solución a la cuestión social.

(Parcelación de las tierras, La Unión, 20 de mayo de 1932, pág. 3).

EL ESTADO Y LA EXPROPIACION DE LA TIERRA

...Para obtener el Estado la división de la tierra, no es necesario que proceda a la confiscación sin indemnización, pues esto sería un atentado contra el derecho de propiedad muy del gusto de los socialistas; en realidad un robo disimulado. Pero puede, partiendo de los principios que hemos expuesto, facilitar la división y, en ciertos casos, por causa de utilidad pública, obligar a los propietarios a la venta forzada, con indemnización, siempre que ésta sea hecha en buenas condiciones para el futuro poseedor. Entre nosotros, todo está por hacer...

(Parcelación de las tierras, La Unión, 20 de mayo de 1932, pág. 3).

¿EDUCACION NEUTRA?

Desde hace 50 años los laicizadores de la Escuela han podido intentar hacernos dormir con la fórmula cloroformada de la escuela neutra: el espíritu y la vida tienen otras exigencias.

La neutralidad escolar se nos ha presentado como una necesidad en un país de creencias diversas, como una señal del respeto hacia todas las opiniones, como una conquista de la idea de tolerancia. Es hacerle demasiado honor. La neutralidad; si fuese aplicable, no sería sino un mal menor. De hecho, ella no lo es. La instrucción sin duda, puede ser neutral: no hay gramática de derecha ni aritmética de izquierda. Pero la instrucción no es sino una parte pequeña de lo que le debemos a nuestros hijos. Y ¿qué maestro

se contentaría con machacar las tablas de multiplicar o enseñar los rudimentos de la geografía? ¿Es posible imaginar una enseñanza de historia, de instrucción cívica o de moral que no toque ninguna doctrina? El silencio mismo sobre problemas esenciales es una opinión. La educación es algo muy distinto de una cosa técnica. ¿De qué sirve dar el instrumento si no se forma sin la cabeza ni el brazo? Asistimos a la derrota de la experiencia. Para la mayor parte de los "laicos", la neutralidad no ha sido otra cosa que la transición lenta del cristianismo hacia el ateísmo. Ahora llegan el socialismo y el comunismo. Desprecian las fórmulas. Sin ambages denuncian la hipocresía de la neutralidad y su insuficiencia. Su franqueza es muy digna de alabanza.

(*La escuela neutra. La Unión*, 30 de agosto de 1934, pág. 3).

¿QUIEN DEBE EDUCAR?

...Ya que la educación se propone perfeccionar a la persona humana, el derecho de darla corresponde a aquellos de quienes recibe el hombre el ser o que lo desarrollan. Ahora bien, Dios, primer Padre y Señor de cuanto existe, tiene derecho absoluto sobre todos los seres y de El, como principio universal del ser, emana toda paternidad.

Vienen en seguida los padres de familia, principio particular y próximo de la existencia de sus hijos quienes, después de Dios, deben a ellos el beneficio de la vida. Al que produce una cosa corresponde perfeccionarla (*Summa Theolog.* 1,9-103 a 5). Si los padres son los autores de la vida

natural, tienen originariamente autoridad de desenvolverla dentro de dicho orden:

Por tanto, la facultad de educar al hijo corresponde en primer lugar a Dios; después, a los padres, cuya autoridad emana de la de Dios; y por último a los maestros e instituciones que son los auxiliares o continuadores de los padres en la formación de los niños.

En cuanto al Estado, teniendo a su cargo *concurrir* a la felicidad temporal de los individuos, no tiene sino muy limitados derechos.

a) El Estado en cuanto Estado no tiene derecho a enseñar, porque no tiene doctrinas y la de los partidos que lo sostienen no deben valerse de su ideología para imponerla en las escuelas. El único derecho que se le puede reconocer en materia de enseñanza es el de asegurar la formación *técnica* de sus funcionarios y agentes.

b) De hecho, el Estado puede tener escuelas de enseñanza general. Cuando no existen los padres, cuando la iniciativa privada (familia e Iglesia) no pueden abrir escuelas, el Estado tiene el deber de instituir un régimen de enseñanza pública. El rol del Estado en este caso es supletorio.

c) Si en ciertos casos el Estado tiene el derecho de abrir escuelas, no se sigue de ahí que tenga derecho de imponer sus escuelas a todos.

d) Es necesario, sin embargo, reconocer al Estado el derecho de *control* y supervigilancia en materia de educación y de enseñanza. Ejercerá este derecho, a) sobre la enseñanza misma. Debe impedir que en las escuelas se dé enseñanza subversiva o contraria a las buenas costumbres y al orden social. b) sobre instalaciones escolares. Puede exigir que sean montadas en condiciones de higiene determinada.

...En Chile, hemos experimentado durante estos últimos años lo que ya presagiaban hombres perspicaces y entendidos en la doctrina de la Iglesia y, al mismo tiempo, concededores de las consecuencias del laicismo en la enseñanza. Negar a Dios sus derechos en la educación y conferirlos exclusivamente al Estado, es formar generaciones, primero indiferentes, después impías y, por último, antisociales y revolucionarias. Si nos dormimos, acabaremos por recorrer todas estas etapas.

(Derechos de Dios y de la Iglesia en la educación pública. La Unión, 23 de enero de 1935, pág. 27).

OPORTUNISMO POLITICO

La época que precedió en España a la dictadura del general Primo de Rivera fue fecunda en desórdenes políticos y sociales...

...Entonces las clases conservadoras recordaron que había un problema social y que la falta de medidas tomadas a tiempo era la causa, a lo menos remota, del malestar que se padecía. Los que se ocupaban de estas cuestiones llegaron a ser "palos gruesos". Se les ofrecía dinero a manos llenas para que organizaran, aprisa y corriendo, a esas masas obreras. Personajes de poquísima religión costeaban tandas de ejercicios, a fin de que se enseñase a los trabajadores sus obligaciones para con... ellos.

Primo de Rivera... dió el golpe de Estado que derribó al gobierno liberal y con acuerdo del rey entronizó la dictadura que se mantuvo 7 años en el poder. Combatió con mano firme las asociacio-

nes revolucionarias y extremistas, disolvió sindicatos, amordazó cierta prensa de izquierda (conservó sólo aquella que sometió a su autoridad), clausuró locales obreros y persiguió con mano firme a los pistoleros de los cuales muchos murieron ajusticiados o hubieron de emigrar al extranjero.

Viendo defendidas sus vidas y su bolsillo, el celo por ayudar a los que trabajaban en la acción social desapareció. Las bolsas se cerraron de nuevo y se abrieron bocas amenazantes contra las clases populares y organizaciones obreras de cualquier género que fuesen. Había que dar firme no sólo contra los pistoleros, sino también contra los que pretendían fijar las horas de trabajo, establecer jornal mínimo, defender las buenas condiciones higiénicas de los talleres, etc. La dictadura había de poner a los obreros a merced de los patrones. ¡Cómo se frotaban las manos cuando sabían que algunos, tal vez inocentes, caían muertos y heridos gravemente al procurar escaparse, espaldeados los guardianes por la ley de la fuga, de la que abusó con tanta injusticia que los agentes de seguridad dejaron atrás a los mismos pistoleros!

Entre tanto el malestar del pueblo se desarrollaba. Muchos obreros a quienes si en ese tiempo se les hubiese tendido la mano se les hubiese reconocido sus derechos, se les hubiese ayudado en la formación de sociedades gobernadas con independencia por los mismos interesados, habrían formado agrupaciones que en la hora de peligro hubieran sido baluarte potentísimo contra la revolución.

Como las clases superiores no amaban de corazón las legítimas reformas sociales y creyeron que la nueva situación había de ser eterna, olvi-

daron sus propósitos de la hora de peligro y sólo aspiraron a lo que podríamos llamar "dictadura patronal". Desgraciadamente para ellos los días de Primo de Rivera estaban contados. Cayó cuando él mismo no lo sospechaba, y el orden falso que había sostenido por varios años, se deshizo. La reacción fue violentísima: los obreros que con gran dificultad habían tascado el freno hasta entonces, se unieron y con fuerza irresistible destruyeron cuanto encontraron a su paso. La Iglesia, a quien creían sostenedora de un trono carcomido, de una nobleza corrompida, y de la clase burguesa capitalista fue, como más indefensa, la primera que pagó las consecuencias de un oportunismo interesado y egoísta...

El gran triunfo político de las derechas no ha servido sino para enseñarnos que de poco sirve una mayoría parlamentaria si no cuenta con ambiente social...

Tememos que en Chile se repita la historia. Desde la caída de Ibáñez, cada vez que parecía amenazar algún peligro, las clases dirigentes se acordaban de la cuestión social. Grove, Dávila... abrieron los ojos a los oportunistas para volverlos a cerrar cuando las garantías del actual gobierno y la creación de instituciones cívico-militares les aseguraban sueño sosegado.

(*El oportunismo político, La Unión*, 5 de enero de 1935, pág. 3).

UN CONTRAPESO PARA LA DEMOCRACIA

Hay una democracia cristiana. Su definición la encontramos en la encíclica *Rerum Novarum* y en *Graves de Communi*. Esta democracia no es

política, es social; no es un régimen sino un sentimiento cuyo objeto es también el de un deber: el amor al pueblo, la demofilia, y esta palabra, por lo menos entre nosotros, le conviene mejor que la de democracia. Esta última se presta a confusiones. La democracia moderna es esencialmente liberal, el democratismo es su espíritu. La democracia cristiana es lo contrario del democratismo. Es peligroso recubrir con el mismo nombre dos conceptos tan fundamentalmente opuestos.

La democracia tiene más que ninguna otra forma de gobierno necesidad de un contrapeso situado fuera de ella. El más fuerte de esos contrapesos es la idea cristiana. Desgraciadamente estamos en una época en que las masas se descristianizan. Ahora la descristianización conduce a la pérdida de la libertad, libertad del espíritu y libertad civil. Es un rodar dentro de un prebolchevismo.

Fuerza es reconocer que la democracia liberal, por la separación de la Iglesia y el Estado, por la enseñanza neutra y laica, por el anticlericalismo militante, por una tolerancia anárquica con respecto a todas las ideas, ha contribuido poderosamente a la descristianización de las masas. Paga cruelmente su pecado. Los elementos que ha desencadenado la destruyen. ¿De qué sirve defender el orden en la calle cuando se tolera y favorece el desorden en los espíritus y las costumbres?

...Cada régimen aporta una piedra al edificio de la civilización que jamás se concluye. La democracia ha allegado la suya. Pero, digámoslo de una vez, de todas las piedras aportadas por los diversos regímenes no hay sino una buena: la que se coloca en el muro. El liberalismo nos

ha hecho comprender que el hombre es un ser libre por naturaleza y que el Estado debe respetar las libertades personales. La democracia nos ha hecho comprender que el bien del pueblo es la ley de todo gobierno. El socialismo nos ha hecho comprender que el obrero debe ser tratado como un hombre, que la justicia política no basta, que hay todavía una justicia social. Las tres piedras angulares de todo régimen nuevo, cualquiera que sea. Pero ¿de dónde han salido en último término esas piedras escogidas sino de las canteras del cristianismo que las contiene a todas ellas?

(*Democracia, La Unión*, 5 de octubre de 1934, pág. 3).

PLURALISMO POLITICO

La Iglesia está vivamente interesada en la solución pronta y eficaz de los problemas que principalmente atañen a las clases populares. Ahora bien, todos sabemos que entre los católicos de hecho se han manifestado diversas tendencias sobre la interpretación de las doctrinas sociales y sobre la oportunidad de su aplicación. Esto naturalmente da ocasión a variedad de juicios que dividen a los católicos.

La Iglesia ha salvado el escollo reuniendo con este fin y otros más generales a todos los católicos en una vasta Asociación de las mismas dimensiones. Podemos decir que la misma Iglesia, esto es la Acción Católica, que crece ya vigorosa en Chile y tiende a uniformar el criterio de los católicos en todo lo que afecte al dogma y a la disciplina, al mismo tiempo que a extender la

piedad, el conocimiento de la religión. En una palabra, a formar verdaderos católicos que sepan defender sus principios e instituciones de sus enemigos. Uno de los bienes, y sin duda el mayor, será realizar la sentencia atribuida a San Agustín y recomendada por León XIII "*in necessariis, unitas*".

Pero se ve claro que un tal grupo no puede responder a todos los aspectos del deber cívico.

Hemos visto cuáles son las complejidades y variedad de los problemas que se imponen a nuestro examen. La unión de todos los católicos exigida en lo que se refiere a las cuestiones directamente religiosas no puede obtenerse fácilmente en lo demás. ¿Es necesario conseguirla? Después de todo, hay problemas contingentes que no afectan a nuestra conciencia, a nuestro juicio y a nuestra lealtad: ellos importan soluciones de orden técnico, sobre los cuales es permitido diferir de opinión y separarse legítimamente de aquellos que participan de nuestra fe.

Así, es necesario reconocer a los católicos el derecho de guardar sus preferencias y de buscar, a través de medios políticos múltiples, el mejor medio para salvaguardar intereses que les están encomendados. "*In dubiis libertas*", siendo entendido que la tercera parte del tradicional adagio recordado por León XIII no será jamás olvidado: "*in omnibus caritas*".

(*La Acción Católica y la política activa, La Unión*, 21 de agosto de 1934, pág. 3).

ECONOMIA NACIONAL Y ECONOMIA MUNDIAL

...La economía nacional no es un término: tenga en nuestro sistema la importancia que tenga, hay algo más amplio y de mayor importancia. Así como las naciones son miembros de la familia humana y los numerosos Estados no están unos al lado de otros sin mantener relaciones sino ligados por múltiples lazos y conexiones, así las economías nacionales no están en sí mismas aisladas ni independientes las unas de las otras. Al contrario, permanecen efectiva y necesariamente entrelazadas en un conjunto de relaciones más o menos estrechas que forman, puede decirse, lo que llamaríamos economía mundial.

(Los problemas económicos de la Sociedad de las Naciones, La Unión, 6 de abril de 1932, pág. 3).

EL BIEN COMUN INTERNACIONAL

...La unidad fundamental de la familia humana. De este primer principio se desprende el deber para todas las naciones de hacer brotar generosamente en los demás pueblos el amor a que están obligados con respecto a su propia patria. No se trata de edificar la economía internacional sobre las ruinas de las economías nacionales. Tal política iría al encuentro de la verdadera unidad, que no puede reposar sino sobre el respeto de las particularidades y afectos naturales, potentes escalones de ascensión para la humanidad. Pero el servicio bien comprendido

de la economía nacional, al cual cada uno está convidado en el cuadro de su propia patria, no solamente no excluye sino llama al servicio de una economía más extensa. Porque "cada pueblo tiene el derecho de tener en cuenta los intereses legítimos de los demás países".

Ha de promoverse por todos los Estados conjuntamente el Bien Común Internacional y es deber nuestro servirlo y fomentarlo.

(El desorden de la Economía Internacional y el pensamiento cristiano, La Unión, 8 de septiembre de 1932, pág. 3).

EVOLUCION O REVOLUCION SOCIAL

Si pudiésemos convencer a nuestras clases dirigentes e intelectuales de que es necesario ponerse al trabajo en la obra de reconstrucción social, quedaríamos tan satisfechos como si hubiéramos alcanzado el mayor triunfo de consecuencias benéficas para el país.

Nos acordamos de Santa Bárbara cuando truena; la sublevación de la Escuadra y el movimiento insurreccional de Copiapó conmueve a nuestros pacíficos ciudadanos. "Hay que hacer algo", es la voz que se escucha por todas partes. Pero pasado el momento de peligro, la quietud soporífera domina de nuevo al inmenso número de personas que por su situación social y económica estaban obligadas a estudiar los grandes problemas sociales, que no sólo preocupan al mundo entero, sino que requieren solución tan inmediata que de no resolverlos quedamos abocados a la revolución más espantosa y universal que han presenciado los siglos.

Parapetados en sus cómodas posiciones de antaño e imaginando que Chile es un feudo destinado para uso exclusivo de sus placeres y comodidades, muchos no pueden soportar que otra fracción, y la más numerosa de la nación, se encuentre con derechos a participar del banquete del que los otros se creían los únicos comensales, considerando a los recién venidos como intrusos y queriendo arrojarlos por medios violentos.

Es menester abrirles los ojos: el tiempo de violencia ha pasado, las armas con que se ha de combatir a los que llegan han de ser nuevas, como nueva es la situación que se presenta. Volverse de espaldas a la realidad es imitar al avestruz que mete su cabeza bajo el ala para que no la vean. Las reformas requeridas por las nuevas ideas, que no son sino remozadas, se imponen y fatalmente habrán de realizarse o por evolución o por revolución. Si las clases acomodadas dirigen el movimiento con espíritu de generosidad y de justicia, pasaremos el abismo sin catástrofe; si quieren desconocer el problema y su solución, las masas organizadas como torrente devastador invadirán el campo, destruyendo la sociedad actual hasta en sus profundos cimientos.

La paz social no se alcanza ni con Ligas Cívicas ni con leyes de represión. Es desconocer absolutamente la naturaleza del mal creer que puede contenerse con específicos que no vayan a remediarlo en su origen. Para esto urge estudiar serenamente la enfermedad en el enfermo mismo y, además, no dar el diagnóstico sino después de haber hecho un severo examen de la conciencia propia.

Con mucho gusto ayudaríamos a nuestros lectores a este examen de conciencia y tal vez lograríamos iluminar algunos rincones de ella que

están a obscuras; pero ahora solamente nos contentamos con preguntarles si creen en el peligro que nos amenaza; si no ven la parte que les toca en las causas del mal y si piensan que pueden desentenderse de la responsabilidad que les afecta en su solución.

Y no basta la caridad, entregada sobre todo a la iniciativa personal, como no basta la obligación legal. El hombre que soporta su mala situación con resignación pasiva, dejando a la sociedad el cuidado de mejorarla, debe ser sacudido de su sopor y estimulado al trabajo y debemos levantarlo, combinando su ayuda personal con el socorro ajeno para encuadrarlo, primero en la familia y después en la profesión. Elevar una, organizar la otra, educar la democracia, consciente hoy día de la fuerza, enseñarle a orientar esa fuerza hacia el bien, para que ejerza su soberanía, teniendo presente el progreso moral y material. He aquí nuestro programa: la tradición, el amor, el deber y la razón nos lo han dictado.

(Nuestra Obligación Social. La Unión, 6 de febrero de 1932, pág. 3).

III. DIMENSIONES HUMANAS

Dimensión social del catolicismo

Raíces teológicas del catolicismo social

Vida económica y vida cristiana

Iglesia y problemas humanos

Preocupación de la Iglesia por el hombre

Catolicismo y socialismo: convergencias y divergencias

Cristianismo y socialismo-comunismo

Capitalismo y comunismo, dos sistemas convergentes

Capitalismo bolchevique

¿Cristianos marxistas?

¿Socialistas cristianos?

Democracia cristiana y socialismo

La cuestión social

Origen de la cuestión social en Chile

Causas y dificultades del problema social en Chile

DIMENSION SOCIAL DEL CATOLICISMO

Hay adversarios del catolicismo social que consideran este epíteto "social" como eminentemente restrictivo del antiguo y amplio sentido de la palabra "catolicismo" y que gustosos verían en el catolicismo social un modo distinto, modo nuevo y demasiado moderno de ser católico.

Estos son los que espantados de las consecuencias del catolicismo social miran con secreta hostilidad todo lo que se refiere a eso que llaman novedades, aunque se les pruebe que provienen del Vaticano.

Su catolicismo, por sincero que sea, en el fondo íntimo, tan edificante que pueda aparecer por el fervor individual de sus almas, es un catolicismo contagiado de laicismo que pretende apartar la doctrina cristiana de toda ingerencia en cuestiones económicas. El catolicismo social que pretende hacer intervenir los derechos y las órdenes de la moral cristiana en el régimen del trabajo, en el régimen agrario, en el régimen de la especulación, es una reacción decisiva contra el régimen de laicización de la sociedad. Reacción tanto más decisiva cuanto que si las buenas voluntades católicas le prestasen su celoso con-

curso, harían sumamente popular a la Iglesia. Y es al pueblo solo, en nuestra edad democrática, a lo que se debería la implantación de las creencias religiosas en un tiempo en que las masas apostatan por efecto, precisamente, del laicismo. El catolicismo social es la prueba viva para el pueblo que Dios se ocupa de él, que los puntos de la redención no han perecido, que la moral cristiana no ha quedado sin virtud ni sin eficacia.

El catolicismo social es el cristianismo lógico; y el alma popular soporta la lógica, aunque a veces no la ame. En el fondo del cristianismo, tal como Jesús lo ha querido, encontramos la idea de Iglesia, es decir, la idea de un lazo permanente establecido entre todos los hombres por medio de la religión y encontramos la idea del Reino de Dios, es decir, la idea de una sociedad terrestre que precede y prepara a la del cielo, en la cual el querer de Dios es la regla constante no sólo de las relaciones del alma humana con Dios, sino las relaciones fraternales de los hombres entre sí.

El catolicismo social es consecuencia natural, inevitable, de estas dos ideas. No conocemos todavía ningún católico de buena voluntad que, instruido en el Evangelio, en la Historia de la Iglesia, en las enseñanzas morales y dogmáticas de las Encíclicas contemporáneas no haya aceptado que a su catolicismo se le añada el epíteto de *social*, lo que indica que catolicismo y catolicismo social son una sola y misma cosa, o sea, que un católico no puede ser en verdad tal, si rechaza el calificativo "social".

(*Catolicismo y catolicismo social*, La Unión, 22 de febrero de 1934, pág. 3).

RAICES TEOLOGICAS DEL CATOLICISMO SOCIAL

Lo que da fuerza irresistible a la idea "católico-social" es que tiene su raíz en la teología tradicional y en la filosofía misma del cristianismo.

Para los observadores superficiales únicamente ofrece esta novedad; dan muestra que espectadores de fenómenos aislados no saben ni hacer síntesis ni estudiar la historia.

Las reivindicaciones del catolicismo social se apoyan en la moral misma; no son adiciones sino deducciones; no son superposiciones sino corolarios. Y aquí encontraremos la razón por qué la causa del conservantismo y liberalismo económicos, que encuentra todavía campeones en las esferas católicas no puede, propiamente hablando, apoyarse en ningún teólogo. Cuando alega argumentos de orden religioso, son tomados no de la teología moral, sino de la "experiencia". Nada más natural, la experiencia de los hechos que contemplan sin conocimiento de las causas de esos mismos hechos, ni estudio de la teología, filosofía e historia les llevan a deducciones que contradicen estas ciencias.

Se contentan con medir el grado de las responsabilidades de las conciencias individuales, considerando el ambiente social, las necesidades de la situación, la fatalidad de las circunstancias. Confrontan el ideal y lo posible y es a consecuencia de esta confrontación que, esclarecidos por su experiencia de las cosas y de las almas, decretan solemnemente un *licet* o un *non licet*. Aprueban o refutan la conducta individual.

Pero alegar en favor de un desorden social intrínseco, de un estado social contrario a la jus-

ticia y a la moral, las decisiones de la experiencia personal, es hacer una falsa ruta.

Las prohibiciones teóricas enseñadas por la teología contra el interés del dinero, ¿han perdido algo de su precisión porque la Sagrada Penitenciaría, teniendo en cuenta las circunstancias, ha juzgado que los católicos podían en el estado actual, percibir interés sin ser inquietados? De ninguna manera. Y si el liberalismo económico invocase en favor de sus falsos dogmas los decretos de la Penitenciaría, cometería prodigioso error. La resolución de la Penitenciaría no ha pretendido jamás debilitar las opiniones de los teólogos y mucho menos las resoluciones pontificias que condenan el préstamo a interés sino solo que, dadas las circunstancias actuales, es imposible encontrar un caso en que el interés no esté justificado por las mismas excepciones que la teología enseña.

El cristianismo social se abre una ruta a través de los espíritus, porque es consecuencia ineludible de las enseñanzas de la teología moral. Los que la combaten son hombres que quieren, si se puede decir, "minimizar" el cristianismo, mientras al contrario, el cristianismo social es una fracción necesaria, indisoluble, de la gran síntesis cristiana.

(La teología tradicional y el catolicismo social. La Unión, 27 de febrero de 1934, pág. 3).

VIDA ECONOMICA Y VIDA CRISTIANA

Hace unos 40 años era común preguntar a los que se llamaban católicos sociales. ¿Hay, acaso, una economía política católica? ¿Pretendéis sa-

car de la teología y de la Sagrada Escritura todo un sistema de Economía Política, como Bosuet sacaba todo un sistema de política? Hablar así era adulterar las intenciones de los católicos-sociales y exponerlos aun a las legítimas susceptibilidades de la Iglesia que no admitiría que fieles, aunque muy bien intencionados, pretendiesen encadenar su vida y su credo a un régimen económico determinado, como a una forma determinada de gobierno.

En Alemania hace algunos años produjo sensación un libro en el cual un teólogo protestante llamado Todt sacaba de las parábolas evangélicas las soluciones más rigurosas de todos los problemas sociales. Jamás ninguna Escuela de Economía Social Católica se ha perdido en estos juegos de exégesis.

En los orígenes del catolicismo social se hizo esta observación primordial, que todo fenómeno económico es de orden humano.

¿Qué quiere decir orden humano? Consultemos antes de responder la noción católica de hombre. Una vez penetrados de esta noción, constataremos que el orden humano no es un orden puramente material, y que más allá de las manos que recogen un salario, más allá de esas manos que son agente material del trabajo, es necesario reconocer y no perder de vista el compuesto humano espiritual y corporal que, como lo llama muy bien Mr. Duthoit, "entra todo entero con su individualidad en cada una de las operaciones que forman el proceso económico".

Decir que todo fenómeno económico es de orden humano es obligarse a tener en cuenta todos los elementos espirituales que juegan un papel en la actividad del productor, y no solamente de las necesidades vitales, de las cuales debe mate-

rialmente hacer frente con el producto de su trabajo, sino también de las obligaciones familiares, cívicas, religiosas que le son impuestas por la ley moral.

La doctrina católica que trata del alma y la moral, que disciplina la vida del alma, implica una cierta concepción de orden humano; desde que esto se admite para ser católico se ha de pretender que la economía política se adapte a ella y la respete. Si nosotros creemos, expone el citado escritor, que la Iglesia tiene derecho para decirnos a qué reglas debe conformarse la persona humana en sus relaciones con sus semejantes, habrá un grave contrasentido en querer organizar la vida económica haciendo enteramente abstracción de lo que la Iglesia define y enseña.

Contrasentidos: he ahí lo que en realidad fueron las complacencias de un gran número de personas que se llaman católicas, por las teorías de secularización, de laicización que pretendían desterrar a la Iglesia de la vida internacional y después de la vida económica. "Que los teólogos se callen, decían, en una materia que no les toca". Un cierto liberalismo económico encontró mal que en materia social la teología osase levantar su voz. Acordémonos de las recientes invectivas de muchos no católicos y creyentes contra lo que estimaban intromisión de los Pontífices en asuntos que no creían de su incumbencia. Los católicos que se asociaban a estas campañas de resistencia desconocían la divina prerrogativa de que goza la Iglesia, de decir su palabra, en nombre de la moral sobre todas las relaciones humanas, ya sea cuando se trata de las relaciones de los individuos entre sí, como cuando se trata de las relaciones internacionales.

Gracias a los esfuerzos de los Pontífices apoyados enérgicamente por los católicos sociales que han defendido por todas partes las sanas ideas al respecto, los católicos más tímidos han acabado de comprender que persistiendo en una oposición por otra parte arcaica cerrarían una de las puertas por las cuales Dios quiere y debe entrar en la vida humana.

(Vida económica y catolicismo, La Unión, 7 de octubre de 1932, pág. 3).

IGLESIA Y PROBLEMAS HUMANOS

...No necesitamos sino abrir los Evangelios o leer las Epístolas principalmente la de Santiago y algunas de San Pablo, para convencernos de que la Iglesia por obligación y derecho propio ha de tratar cuestiones que se refieren a las riquezas y al uso que de ellas debe hacerse.

Con frecuencia oímos la objeción de que teniendo la Iglesia como fin dirigir al hombre hacia lo espiritual, no es de su incumbencia ocuparse de los bienes perecederos y aún nos alegan aquellas palabras de Cristo: "Dad al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios".

¿Qué le importan, nos dicen, a la Iglesia cómo el hombre se alimente, se vista, se aloje o se abrigue? Pero, ¿quién no ve que todas estas cuestiones están íntimamente ligadas con la justicia y la caridad y que ya en la primera página del Génesis al hablarnos de la creación, nos dice Dios que le dio la tierra al hombre para que la trabajase y la hiciese producir de modo que todos los hombres pudiesen servirse de ella para su alimentación, alojamiento y abrigo? ¿Quién

limitaría el egoísmo humano si la Iglesia no señalase el uso que debe hacer cada uno de los bienes, a fin de que las riquezas de la tierra puedan servir a todos?

Además, la Iglesia reivindica el derecho de intervenir aún en las cuestiones de carácter puramente económico, no sólo por las razones dichas más arriba, sino también porque todas estas cuestiones están relacionadas con el hombre como ser moral, y nada que pertenezca al hombre en estas condiciones puede ser ajeno a la Iglesia. De los tres factores que dominan la vida económica: la naturaleza, el trabajo, el capital, estos dos últimos tocan directamente al hombre y, por consiguiente, a sus actividades libres, las que deben inspirarse en las eternas leyes de justicia. La Iglesia, guardiana de estas leyes, tiene su palabra que decir en todo lo que esta ley interviene. Relaciones del capital con el trabajo, condiciones de éste con respecto a su duración, jornales, compromisos recíprocos, empleo de las mujeres y de los niños, son otras tantas cuestiones acerca de las cuales, además de las leyes económicas, entran en juego principios de orden moral sobre las cuales la Iglesia no puede desinteresarse: principios de justicia, de caridad, de donde depende, con la felicidad del individuo, la estabilidad de la paz social...

(La Iglesia y las riquezas. La Unión, 19 de febrero de 1932, pág. 3).

PREOCUPACION DE LA IGLESIA POR EL HOMBRE

...El régimen liberal con una mano le concedía la soberanía popular y con la otra le arreba-

taba los medios de vida. era un soberano andrajoso y que debía pedir limosna o servir como esclavo al mismo a quien con su voto había exaltado a los honores del mando. Sólo y desamparado, en su desesperación recurrió a los medios de fuerza para reivindicar sus derechos. Aparecen las doctrinas socialistas y disolventes más avanzadas que eran fácilmente creídas, porque experimentaban por una parte los males contra los que predicaban los corifeos de diversas sectas y, por otra parte, no encontraban quién les defendiese y expusiese verdades capaces de imponerse a las afirmaciones que escuchaban. No es extraño que al verse privado el pueblo de las enseñanzas sociales de la Iglesia, diese también crédito a sus enemigos que aseveraban que ésta estaba unida con el individualismo capitalista para sujetarlo a la servidumbre que padecía.

Y las masas obreras abandonaban el redil de Jesucristo yendo a engrosar por centenares de miles las filas enemigas. La Iglesia entonces olvidada de sus propios males, vuelve otra vez en socorro de sus huestes desbandadas, y después de diversos tanteos, estudios teológicos y morales, ayudada de insignes varones religiosos y seculares, emprende la obra de reconquista; más difícil que la emprendida cerca de dos mil años antes, porque se encontraba hostilizada por todas partes. Y por medio de obras de distintas clases, infinitas como la caridad que la animaba, entra en la lucha en que está empeñada hoy día para derrocar a los mayores enemigos que había tenido desde su fundación: a la derecha, el capitalismo individualista; a la izquierda, el comunismo y el socialismo organizados. El capitalismo liberal había hecho perder la fe al pueblo; el comunismo

desarrollaba en el corazón del obrero los odios y rebeldías más salvajes.

Estas actividades repartidas por todas partes necesitaban coordinación y autoridad: muchos católicos espantados ante ciertos nombres como "democracia", "reivindicaciones sociales" y otras, miraban con recelo el movimiento que se iniciaba en favor de las clases populares. El sumo Pontífice León XIII fijó las normas de acción para los católicos, reconoció los derechos de la Iglesia de inmiscuirse en los negocios económicos en lo que tenían relación con la justicia y la caridad, tendió su mano a los obreros manifestando que sufrían una suerte inmerecida (de parte del capitalismo individualista), encomió y alentó a los católicos que trabajaban por mejorar la situación de las clases desvalidas y despejó el campo para que las obras que ellos emprendiesen se desarrollasen sin entorpecimientos por parte de los católicos recalcitrantes.

Surgieron como por encanto esa multitud de obras sociales dispuestas para enseñar, formar, guiar y organizar las multitudes desorientadas...

(Discurso inédito en la Semana Social del Clero, Santiago, 13 de septiembre de 1932. Manuscrito de puño y letra del P. Vives en poder del Pbro. Oscar de la Fuente.)

...Quedaríamos admirados de conocer cómo muchos de los principios y prácticas sociales que hoy día a espíritus timoratos parecen avanzadísimas, estaban establecidos en la legislación y costumbres de aquellos pueblos (de la Edad Media): los comités paritarios, el fácil acceso al capital, la jornada de 8 horas de trabajo, la escuela única, la propiedad colectiva y diversos lí-

mites al derecho de propiedad estaban allí establecidos como lo más natural del mundo. La Iglesia servía siempre de intermediaria en las dificultades del capital y el trabajo, y éste era considerado como la única fuente de riqueza. Sin duda las corporaciones no han estado al abrigo de abusos, algunas veces graves; las causas debemos encontrarlas en la naturaleza humana. Pero lo que está fuera de duda, lo que resulta del testimonio de la historia, es que las corporaciones, todo el tiempo que permanecieron fieles a la Iglesia, han sido fuente de felicidad y bienestar.

(*Ibidem*).

CATOLICISMO Y SOCIALISMO: CONVERGENCIAS Y DIVERGENCIAS

... Existe entre estas dos doctrinas (socialismo y catolicismo) puntos de contacto y en las aplicaciones del sistema pueden ponerse de acuerdo y aun trabajar unidos, sobre todo si se trata del socialismo moderado. Vayamos una vez más a la fuente manantial donde debemos beber la verdad sin temor a equivocarnos.

Pío XI en su encíclica *Quadragesimo Anno*, después de tratar de las transformaciones del socialismo y condenar con energía su rama de extrema izquierda, o sea el comunismo, nos dice: "La parte que se ha quedado con el nombre de socialismo es ciertamente más moderada, pues no sólo profesa que ha de suprimirse toda violencia, sino que, aun sin rechazar la lucha de clases y la abolición de la propiedad privada, las suaviza y modera de alguna manera. Diríase que,

aterrado por sus principios y por las consecuencias que se siguen del comunismo, el socialismo se inclina y en cierto modo avanza hacia las verdades que la tradición cristiana ha enseñado siempre solemnemente, pues no se puede negar que sus peticiones se acercan muchas veces a las de quienes desean reformar la sociedad conforme a los principios cristianos”.

En seguida entra el Papa en ciertos pormenores muy dignos de ser tomados en cuenta. Sabido es que desde sus principios una de las causas que con mayor violencia ha esgrimido el socialismo para alcanzar sus fines, ha sido la lucha de clases sistemáticamente emprendida para producir la destrucción de aquella con quien pelea, que es la burguesa y capitalista. El Pontífice con mucho acierto nos hace notar cuánto se ha aminorado en odio y enemistad hasta el extremo de convertirse en “una como discusión honesta, fundada en el amor a la justicia”. Así en realidad lo contemplamos en los diversos partidos gubernamentales socialistas que han llegado a compartir las tareas del gobierno o con católicos como ha sucedido en Alemania, Bélgica y Holanda, o con liberales y conservadores como en la actualidad lo vemos en Inglaterra. Resulta de allí que los más encarnizados enemigos de los socialistas no son ya los partidos burgueses, sino los comunistas que tratan a sus antiguos correligionarios de traidores y vendidos al capitalismo.

De todos es sabido que uno de los puntos capitales que ha diferenciado en su origen al socialismo del catolicismo ha sido el derecho de propiedad. Mientras para éste era sagrado y de derecho natural, para aquél no existía y sólo era el resultado de la expoliación de unos cuantos que inventaban teorías para apropiarse lo que era

del dominio de todos. En sus variaciones “la misma guerra al dominio privado —nos dice Pío XI—, restringida más y más se atempera de suerte que en definitiva no es la posesión misma de los medios de producción lo que se ataca, sino el predominio social que contra todo derecho ha tomado y usurpado la propiedad. *Y de hecho, un poder semejante no pertenece a los que poseen sino a la potestad pública.* De este modo, se puede alegar, insensiblemente hasta el punto de que estos postulados del socialismo moderado no difieran de los anhelos y peticiones de los que desean reformar la sociedad humana fundados en los principios cristianos. Porque con razón se habla de que cierta categoría de bienes ha de reservarse al Estado, pues lleva consigo un poder económico tal que no es posible permitir a los particulares sin daño del Estado.

Los socialistas han entrado en nuestro campo y tomado lo que en él les ha parecido bien, conservan su nombre, que no les corresponde más que en parte y pretenden que seamos nosotros los que pongamos a nuestro programa y aspiraciones la etiqueta de socialista. Aquí sí que podemos afirmar que la propiedad es un robo, y de tal naturaleza, que el ladrón pretende que después de despojarnos, formemos parte de su banda.

No conteniendo estos postulados nada contrario a la verdad cristiana y siendo derivaciones precisas de sus principios, no tienen por qué los católicos sociales llamarse socialistas, sino declarar muy en alto que porque son católicos son sociales y que los socialistas, incapaces de armonizar la prosperidad económica y social con sus

principios, han debido buscar en nuestras viejas y sólidas doctrinas lo que ellos ignoraban y no comprendían de nuestro ideario.

(Social y Socialista, ¿pueden ser lo mismo? La Unión, 3 de julio de 1932, pág. 3).

CRISTIANISMO Y SOCIALISMO- COMUNISMO

El cristianismo no es doctrina social: es mucho más, implica todo un ideal de vida, no tan solo susceptible de satisfacer a necesidades terrenales, pero también a las aspiraciones sobrenaturales del hombre.

Socialismo y comunismo rivalizan a quién hará mayor postura demagógica para llevarse la adhesión de los trabajadores. El catolicismo no piensa seguirles en este terreno. En lo que pretende sobrepasarles y lo que constituye su especial valor, es que sabe dar solución a ciertos problemas que se presentan al hombre y que las susodichas doctrinas fingen ignorar.

La vida social es un hecho. El hombre aislado no puede subsistir. Para vivir, para desarrollarse, para perfeccionarse, necesita de sus semejantes, los cuales, a su vez, le necesitan a él. El problema social no es sino el problema de las relaciones entre los seres: relaciones familiares, relaciones entre patrones y empleados; entre productores y consumidores, entre gobernantes y gobernados, etc., cada uno ocupando a su vez frente a otros alguna de estas funciones. Se podría seguir la enumeración todavía largo rato, porque ninguno de nuestros actos deja de ser de algún modo manifestación de la vida social. Sin em-

bargo, acostumbramos más bien reservar el título de “cuestión social” a la cuestión de relaciones entre los diferentes agentes de la producción—entre el capital y el trabajo—. La juventud obrera se representa la vida social casi únicamente bajo tal aspecto. Y se concibe que con este respeto siente necesidad de organismos especiales que hablen y actúen en nombre suyo. Ya que la Iglesia católica se propone definitivamente asegurar la salvación, no de la humanidad en general, sino de todo ser en particular, ella siente el deber de velar para que las necesarias relaciones sociales, origen de desenvolvimiento y expansión para unos, no se conviertan en fuente de destrucción y envilecimiento para otros. Proclama ella que es “a todos a quienes debe asegurarse una cierta abundancia de bienes, cuyo uso es requerido para el ejercicio de la virtud”, (León XIII, *Rerum Novarum*), porque todos tienen un alma que salvar y deben ser puestos en la posibilidad de vivir cristianamente. Todos son creaturas de Dios; en todos se debe respetar la dignidad humana. Todos son hijos de un mismo Padre y no deben jamás desconocer los lazos de fraternidad.

Una sociedad basada en justicia y caridad, según Cristo, es el ideal hacia lo que tienden todos nuestros esfuerzos, es el orden social cristiano que esperamos que renacerá un día.

(*La doctrina social católica y la juventud obrera, La Unión*, 6 de septiembre de 1933, pág. 3).

CAPITALISMO Y COMUNISMO, DOS SISTEMAS CONVERGENTES

...En tiempos de Marx, el sistema católico había su aparición en la superficie, su paso era todavía inseguro y las orientaciones diversas en los distintos grupos, tanteos más o menos felices, daban a entender que entre el capitalismo individualista y el comunismo había de interponerse otro cuerpo de doctrinas que contaría con la tradición milenaria del cristianismo, apoyada en el Evangelio y rejuvenecida finalmente gracias al esfuerzo de una pléyade de filósofos católicos, laicos y sacerdotes, coronada con las enseñanzas del Vaticano, que escogería lo verdadero de lo que había dicho y hecho y presentaría al mundo espantado ante el desastre económico de los liberales y la revolución provocada por los comunistas un sistema que, defendiendo los derechos de los individuos, mirase por los intereses del bien común.

...Pero el régimen individualista capitalista, ¿es enteramente antagónico del comunista? La sola pregunta parece una paradoja. Con todo, las dos tendencias están unidas por tres lazos comunes. Ambas provienen de un mismo punto de partida: el capital y el trabajo no podrán armonizarse si no se les concede un vínculo moral. Roto éste por la filosofía naturalista, sobrevino el divorcio entre ambos, y la hipertrofia del capital trajo el capitalismo, como la hipertrofia del trabajo engendró el socialismo. Y así ambos, al repudiar la finalidad trascendental de la vida, no quieren que el poder espiritual influya en la vida pública y fundan la civilización exclusivamente en factores de orden temporal.

Un segundo punto los une también. Utilizan

ambos los medios técnicos. Hay que dominar la naturaleza cada vez más para proporcionar al hombre el mayor bienestar posible. Y así, buscando ese fin, capitalismo y comunismo utilizan la máquina, expresión concreta del tecnicismo generalizado.

Aunque no aparezca tan claro, también se encuentran hoy de acuerdo comunismo y capitalismo en el colectivismo de los fines. El capitalismo nació del liberalismo económico que veía en el lucro el estímulo suficiente para encontrar la armonía social. Pero como el resultado no fue el apetecido, se evolucionó al racionalismo económico que consideró el bien de los grupos sociales que mantenía sobre el bien particular, y por eso formó esos dos grandes truts internacionales que han producido la absorción del individuo en esas grandes masas de capital, y frente del internacionalismo teórico, se ha levantado el práctico del capitalismo.

...El error comunista no es otra cosa, pues es una deducción lógica del error capitalista. Ni el capitalismo ni el comunismo traen solución al problema de la vida. Son ambos dos hermanos que no se conocen, que se odian y, con todo, llevan en su sangre el germen morbosos del padre común.

Tanto el capitalismo como el comunismo suprimen de hecho la propiedad privada. El capitalismo la pone en pocas manos, el comunismo la pone en manos del Estado. Prácticamente en uno y otro, la masa no es propietaria.

La solución cristiana está en el medio: diseminación de la propiedad en el mayor número posible, para el mayor bienestar y la mayor armonía llenando una verdadera función social. Respeto al hombre y la familia, en contra del

concepto de lucro del capitalismo, en contra del concepto de masa del comunismo. Y, por encima de todo, la vuelta al espiritualismo para sañar este ambiente materialista que nos ahoga y que en tres siglos de influencia nos ha conducido a la más horrible de las tragedias.

(*Capitalismo y comunismo*, *La Unión*, 30 de junio de 1933, pág. 3).

CAPITALISMO BOLCHEVIQUE

Es indiscutible que en su ensayo por industrializar a Rusia, el comunismo está estrechamente unido con el capitalismo occidental, unión monstruosa de fuerzas que se execran y son la negación la una de la otra.

...Por su parte, los países capitalistas, en plena crisis y prescindiendo de sus principios, no han osado pagarse el lujo de aislar a su adversario, despreciando el mercado ruso, por reducido que fuese.

Ya lo había dicho el viejo Horacio: "Auri sacra fames", traducción literal: el hambre sagrada del oro. Se ha visto a esos grandes *truts* occidentales disputarse, para servir los pedidos del cliente comunista de dudosa solvencia y producir créditos de exportación a sus firmas respectivas, al mismo tiempo que el sovietismo, renunciando a sus principios más sagrados, imponía a sus proletarios horas suplementarias de labor, restablecía el trabajo por piezas y las primas a la producción.

El capitalismo burgués favoreciendo al comunismo y el comunismo volviendo a las aborrecidas prácticas burguesas.

(*Paradojas soviéticas: capitalismo bolchevique. La Unión*, 31 de mayo de 1933, pág. 3).

¿CRISTIANOS MARXISTAS?

El Congreso Socialista francés ha suspendido por dos años al autor de una obra titulada "*Socialista porque cristiano*", por el delito de haber cooperado activamente con el grupo de socialistas cristianos.

Hoy día hay muchos jóvenes que viendo el gran desorden económico y social, buscan un remedio radical. El socialismo es una fuerza de valor y no hay por qué admirarse que ejerza influencia considerable en la juventud. Si estos jóvenes no son creyentes, su adhesión al socialismo es fácil. Pero, ¿si creen?

Entonces surge un trágico conflicto. Algunos entre ellos procuran conciliar sus creencias con el socialismo. Es justamente el caso de los socialistas cristianos franceses. Este movimiento es todavía más pronunciado fuera de Francia. Y las organizaciones religiosas internacionales se ocupan cada vez más del problema del socialismo y de la religión...

Pero preguntará alguno de los lectores, ¿de qué socialismo se trata? Existen, que yo sepa, 350 definiciones distintas de la palabra "socialismo". Stalin y Mac Donald, Kaustky y Snowden son socialistas. Hitler mismo se llama socialista; es verdad que añade la especificación de nacional. Pero un verdadero abismo separa a estos hom-

bres. Entre todos estos arroyos socialistas hay un río madre: el marxismo, dividido en dos corrientes: el socialismo y el comunismo. Por su influencia internacional sobrepasa con mucho a los demás grupos socialistas. Hablemos, pues, del *marxismo*. Y no de un fenómeno demasiado vago e indefinido, como ha llegado a ser actualmente el socialismo. Los socialistas cristianos franceses lo realizan; es del marxismo de quien se trata y es con él con quien quieren reconciliar su cristianismo y, si mucho los apuran, a la Iglesia Católica. Porque militan en sus filas, al lado de protestantes, católicos observantes.

Pero, ¿qué es el marxismo? Toda una serie de doctrinas económicas y sociales, la doctrina del valor-trabajo, la ley de la concentración del capital, la de la proletarización de las masas obreras, la lucha de clases, etc. Estas teorías son de un valor desigual. Unas han sido definitivamente rechazadas; otras contienen una verdad parcial; otras, por fin, son el resultado de una clarividencia verdaderamente notable. La actitud cristiana hacia estas teorías, si son consideradas separadamente, debe ser también diferente, porque se puede encontrar más verdad en una que en otra.

Pero el hecho capital es que no se puede considerarlas separadamente. El marxismo es un edificio sólido y monolítico, basado en un fundamento: el materialismo histórico.

¿El cristianismo y el materialismo son compatibles? Sí, responden los socialistas cristianos. El hombre existe en dos planos diferentes: el uno es el plano de la gracia y de la libertad; el otro, el del pecado y de la servidumbre. En este segundo plano opera el hechizo del hombre por los procesos económicos, cuyas leyes han sido descubiertas

por Marx. Nos dice, también, que no es necesario tomar al pie de la letra las palabras de Marx: "la religión es el opio del pueblo", ni su tesis según la cual todo elemento sobrenatural no sería más que un reflejo fantástico en el cerebro humano de los procesos puramente materiales.

Es allí donde los socialistas cristianos cometen un error profundo que les es nefasto. Para Marx y para todos los verdaderos marxistas, el materialismo es una concepción filosófica. Para ellos todo el plan de gracia es algo irreal e inexistente. Si el ala socialista del marxismo no lucha activamente contra la religión, como lo hacen los comunistas, es sólo por razón de táctica dictada por el deseo de atraer a ellos los obreros que todavía no han abandonado la religión. Diferencia de métodos y no de principios. El más somero estudio del marxismo suministra prueba de ello.

Los socialistas cristianos interpretan el marxismo a su modo y prueban en seguida que entre esta teoría social que ellos equivocadamente llaman marxismo, y la religión, no hay contradicción. Pero es una evidente sustitución. El marxismo sin el materialismo histórico concebido filosóficamente, es lo mismo que el cristianismo sin la creencia en la divinidad de Jesucristo, o el catolicismo sin la creencia en la Iglesia.

Nuestro tiempo es una época trágica. Más que nunca conviene hoy día tomar posiciones definidas. Es necesario tener valor para ver las cosas tales como ellas son en realidad y no como querrían que fuesen. Si alguno se adhiere al marxismo, que sepa lo que verdaderamente es el marxismo.

El gran error de los cristianos socialistas está en eliminar los problemas en lugar de resolverlos. Esta actitud les reserva desilusiones desa-

gradables, una de las cuales es la resolución del Congreso Socialista por la cual los verdaderos marxistas han suspendido a su camarada que, creyendo verdaderamente profesar el marxismo, profesaba en realidad una teoría muy distinta.

(*Socialismo y cristianismo*, *La Unión*, 20 de octubre de 1933, pág. 3).

¿SOCIALISTAS CRISTIANOS?

...Muchos términos bárbaros que atacarían los nervios de Cervantes aparecen en la superficie: socialización, integralismo, colectivización y otros más que en su origen aparecieron en las orillas del Sena y del Támesis. Los libreros han limpiado sus estantes de todo lo que tenga que ver de cerca o de lejos con el socialismo. Muchos tímidos cristianos y aún devotas señoras quieren revestirse con un traje socialista para ponerse al día y no pasar por demasiado reaccionarios. Por eso, no es de extrañar que hayan caído en la tentación de llamarse socialistas cristianos y según su mentalidad particular, no falta quien crea que está ya impregnado de nuevas ideas porque da la mano a un obrero o admite que éste ha de tener algo más que unos miserables andrajos con que cubrirse.

¿Son términos contradictorios socialismo y cristianismo? O mejor, ¿puede un católico llamarse socialista? El Papa Pío XI en *Quadragesimo Anno*, nos dice: "Si acaso el socialismo, como todos los errores, tiene una parte de verdad, (lo cual nunca han negado los Sumos Pontífices) *el concepto de la sociedad que le es característico y sobre el cual descansa, es irreconciliable con el*

verdadero cristianismo. Socialismo religioso y socialismo cristiano son términos contradictorios: nadie puede ser buen católico y socialista verdadero”.

... Veamos ahora cuáles son las notas del ideario socialista que lo apartan del catolicismo hasta el extremo de hacerlo incompatible con él.

Según la doctrina cristiana, “el hombre, dotado de naturaleza social, ha sido puesto en la tierra para que viviendo en sociedad y bajo una autoridad ordenada por Dios, cultive y desarrolle plenamente sus facultades a gloria y alabanza de su Creador; y cumpliendo fielmente los deberes de su profesión o de su vocación, sea cual fuere, logre la felicidad temporal y juntamente la eterna. El socialismo, por el contrario, completamente ignorante y descuidado de tan sublime fin del hombre y de la sociedad, pretende que la sociedad humana no tiene otro fin que el puro bienestar” (*Quadragesimo Anno*, n. 120). *El socialismo es, pues, materialista y el catolicismo espiritualista*. El socialismo prescinde del origen y del fin sobrenatural del hombre y no lo toma en cuenta sino bajo su aspecto económico. Los derechos de Dios quedan absolutamente ignorados y les falta, por consiguiente, la argolla de donde puedan sujetar el último eslabón de la cadena de los deberes humanos. Si el socialismo y el cristianismo parten de principios tan distintos, la interpretación que han de darle a todos los fenómenos sociales ha de ser distinta y mucho más las soluciones a los problemas que tienen relación con el mundo económico... Y por ésto dice el Papa *que el concepto de la sociedad, y que le es característico, y sobre el cual descansa, es irreconciliable con el verdadero cristianismo*.

...El socialista, aun el moderado que pone su fin únicamente en la adquisición de bienes transitorios y materiales, no tiene dificultad en renunciar, no sólo a los inmortales y eternos, sino aun a aquellos humanos pero más elevados que el goce de los sentidos...

Hay, pues, un abismo entre el concepto materialista de la vida del socialista y el espiritualista del cristiano, y esto sólo bastaría para justificar las palabras de la Encíclica. Este concepto es común a todo verdadero socialista, ya milite en los rígidos campos marxistas, en los del bolchevismo o en el socialismo de Estado.

En consecuencia, el *católico social* no puede añadir a su título la desinencia *ismo*, verdadero puente que lo hace atravesar un abismo insalvable para un católico.

(¿Social? ¿Socialista? ¿Son la misma cosa?
La Unión, 1º de julio de 1932, pág. 3).

DEMOCRACIA CRISTIANA Y SOCIALISMO

Muy sabido es que entre los católicos que respondieron al llamado de la encíclica *Rerum Novarum*, muchos tomaron la denominación de "Demócratas cristianos", rótulo que despertó sospechas y produjo alarmas entre multitud de almas timoratas, las que vieron en ese título una desviación hacia los principios socialistas. La lucha entre los que podemos llamar conservadores sociales y los demócratas cristianos se entabló con aspereza, motejándose mutuamente los distintos bandos con epítetos que colocaban al contrario fuera de las normas fijadas en la *Rerum Nova-*

rum. Así, los demócratas tachaban de refractarios a las instrucciones del Papa a los conservadores, y éstos de socialistas a sus adversarios. La palabra *democracia* era entonces sinónima de desorden, puesto que en su nombre se habían llevado a cabo las violentas revoluciones que ensangrentaron a Europa en los años 1830 y 1848.

Democracia y cristianismo, parecían términos antitéticos, indigna la primera de ir precediendo a la segunda.

León XIII, tres años antes de su muerte, quiso dirimir la contienda y poner en paz a los católicos que luchaban por una cuestión de nombre.

Dio a luz la famosa encíclica *Graves de Communi* y en ella resuelve la controversia, “para hacer desaparecer —dice— la alarma que se ha despertado en numerosas almas honradas y que suscita apasionadas controversias”.

“La conciencia de su cargo —agrega—, le advierte que ha de poner límites a esa discusión, definiendo cuáles deben ser las ideas de los católicos en esa materia”. Añadirá después algunas reglas para que la acción de los católicos sea más extendida y de mayor provecho para la sociedad.

En la primera parte de la encíclica resuelve lo que la democracia cristiana no debe ser, o sea, la parte negativa de la doctrina; y señala los diversos escollos de que debe preservarse: 1º el socialismo; 2º la política; 3º el espíritu de clase; 4º hacer poco caso de la autoridad. Evitados estos males, el Pontífice desea ver desvanecerse todos los disentimientos relativos a la democracia cristiana. Queda, pues, consagrado el título y la *democracia* entra en el gremio de la Iglesia, aceptada solamente por el Papa de los obreros.

No solamente León XIII, indica en qué condiciones la democracia cristiana no es contraria a

la doctrina católica, sino que positivamente demuestra sus ventajas.

Es cosa excelente —dice el Santo Padre—, porque ella tiene por objeto mejorar “la condición material y, sobre todo, ayudar a practicar la virtud y encaminarse hacia Dios. Otra ventaja: precisamente porque pone la virtud y la religión en primera línea es la Democracia Cristiana apta para resolver la cuestión social”. En efecto, la cuestión social no es puramente una cuestión económica, sino antes que todo, una cuestión moral y religiosa. León XIII demuestra esta tesis capital.

Según el mismo Pontífice, la Democracia Cristiana es excelente por esta otra razón: porque ella es conforme, 1º a las enseñanzas de Jesucristo, 2º a la práctica de los apóstoles y sucesores; en breve, a la práctica constante de la Iglesia. Y los dos medios principales de que usa, a saber, la limosna (o caridad pasajera) y las instituciones de previsión u otras semejantes (caridad permanente), deben ser tenidas una y otra por excelentes.

De aquí León XIII concluye que “este deseo vivo de aliviar y levantar al pueblo es plenamente conforme con el espíritu de la Iglesia”. Siendo la cosa excelente, “poco importa el nombre que se le dé con tal que se procure evitar los escollos antes recordados por nos”.

Vimos que el primer escollo con que puede tropezar la Democracia Cristiana es el socialismo; ella se opone a éste, según el sabio Pontífice, radicalmente, de cuatro maneras: religiosa, política, social y económica.

1. El socialismo profesa el materialismo histórico; hace de los bienes terrenos el último fin del hombre.

La Democracia Cristiana considera los bienes como medios para que el hombre alcance el fin supremo.

2. El socialismo profesa una igualdad absoluta y utópica.

La Democracia Cristiana ejerce una acción benéfica en favor de las clases populares, pero no cae en la utopía de la absoluta igualdad.

3. Los socialistas quieren la igualdad de bienes y la supresión del derecho de propiedad.

La Democracia Cristiana defiende el derecho de propiedad que se basa en la misma naturaleza racional y defiende la justicia. Para ella nada es más sagrado.

Con estas distinciones ya puede cada uno saber en qué campo se encuentra colocado.

(Democracia cristiana y Socialismo, La Unión, 13 de octubre de 1932, pág. 3).

LA CUESTION SOCIAL

Si se trata de la cuestión social en un sentido estricto (en un sentido amplio comprende ésta todos los problemas que afectan a la sociedad), es decir, de las relaciones entre capital y trabajo, es sin duda, este problema la mala repartición de la riqueza. El aumento desproporcionado de ésta, producido por los progresos de la industria, coincidió con la extinción de los gremios y con la individualización de las masas. Poseedor entonces el capital de las fuerzas que producen riquezas, se encontró al frente de un proletariado desamparado. Las doctrinas liberales exacerbaron la situación y el régimen de los gobier-

nos del siglo pasado, liberal y materialista, no se preocupó sino de la producción de riquezas sin mirar su distribución.

("La cuestión social vista por un jesuita"
PROA, "Ideario de la Federación de Estudian-
tes de Chile", junio de 1935, pág. 10).

ORIGEN DE LA CUESTION SOCIAL EN CHILE

En Chile este problema reviste caracteres mucho más agudos. (Pues) los países europeos contaban con una organización social antiquísima, tuvieron constituciones que daban importancia a todas las clases sociales, cada una con sus derechos y privilegios. En Chile, por el contrario, los conquistadores se apoderaron del territorio y el pueblo que se fue formando por la mezcla de indios con los españoles, quedó relegado a una especie de clase intermedia entre esclavos y siervos. No hay más que estudiar la situación de los encomenderos. Ellos aprovecharon de la Legislación de Indias sobre "encomiendas", como aquello que les convenía y abusando así con los indios llegaron a abusar después de la masa obrera y constituyeron una oligarquía que es la que ha gobernado desde la época de la Independencia.

Debemos tener también presente, a este respecto, que la guerra resultó beneficiosa a una sola clase y a costa del pueblo que allí derramó su sangre, sin sacar ningún provecho, pues el régimen social de la Independencia no se formó a favor de las clases trabajadoras. A esto debemos añadir que, como en Chile no había tradición

gremial, no tenían medios estas clases para organizarse y defender sus derechos. Conviene tener presente aquí que el régimen liberal implantado en Chile como en todas las repúblicas americanas, entregaba la soberanía absoluta al pueblo *dándose la paradoja de encontrarse uno con un soberano que no tenía zapatos y que, impulsado por la miseria, había de vender su voto a quien sin tantos derechos políticos dominaba el dinero.*

Más el pueblo con el tiempo se dio cuenta de su poder e hizo uso de sus derechos políticos para buscar el bienestar económico.

De aquí la lucha actual y la división de los campos políticos actuales.

Izquierdas y Derechas no significa división en el campo religioso; son ambas tendencias económicas; las Derechas, las mantenedoras del régimen pasado; las Izquierdas, las propiciadoras de algún orden nuevo.

(La cuestión social vista por un jesuita, PROA, Ideario de la Federación de Estudiantes de Chile", junio de 1935, pág. 10).

CAUSAS Y DIFICULTADES DEL PROBLEMA SOCIAL EN CHILE

"Nuestra moderna civilización, aunque originalmente inspirada en el cristianismo, está infectada ahora por elementos no cristianos.

La miseria creciente de los pobres, el trabajo pesado de las mujeres y los niños, la carencia de una verdadera educación religiosa de la juventud, la degradada condición de los obreros, el notorio egoísmo de muchos capitalistas, el abuso de

aquellos ricos que sólo buscan el placer, la desigual repartición de los cargos públicos, el impuesto que no cae justamente sobre las ganancias e industrias de los poseedores de los negocios, la continuación de una crónica desocupación, el fomento del vicio de la intemperancia, la depravación social de nuestras calles y espectáculos, el fomento oficial del juego y su extensión clandestina, la falsía y la inmoralidad que degrada la prensa, todas éstas y otras formas de *despotismo, injusticia y anarquía* que forman el tema de la acusación socialista, exigen también una austera condenación de quienes profesan la fe católica.

(“*La cuestión social vista por un jesuita*”, PROA, Ideario de la Federación de Estudiantes de Chile, junio de 1935, pág. 10).

IV. PROYECCIONES HUMANAS

El porvenir de la clase obrera

Del individualismo al humanismo

Hacia una comunidad internacional

EL PORVENIR DE LA CLASE OBRERA

El problema de la educación y organización de la adolescencia y juventud asalariadas no consiste en apartar a algunos jóvenes asalariados del medio obrero en que nacieron, ni en alejarlos de sus hermanos y de sus compañeros de trabajo ni desarraigarlos y hacerlos enrojecer por su origen y su condición incorporándolos en un medio burgués en la clase burguesa.

La solución del problema no se encuentra en atraer, en guardar algunos jóvenes una o dos horas por semana en un ambiente artificial, sin lazo y sin ninguna influencia en el medio natural donde viven y vivirán, y cuya influencia han de sufrir durante todo el resto de la jornada, de la semana y de la vida.

Es necesario procurar que estos asalariados vivan, se desarrollen, produzcan acción, tengan influencia en su medio: en su fábrica, en su taller, en su barrio, en la vecindad, en la clase a que pertenecen. Deben quedar en condición de colaborar en la transformación cristiana de los trabajadores. Y para esto, deben vivir como ellos y participar en todo en sus actividades y trabajos.

Son los únicos que pueden ejercer esa influencia. Si ellos no la tienen, ninguno la tendrá. En-

contramos algunas veces un letrado en algunos lugares de trabajo que dice: "prohibida la entrada". En realidad sería más difícil para un extraño penetrar en el corazón de los que trabajan en aquella fábrica que traspasar materialmente sus umbrales. La familia, la Iglesia, la escuela no tendrán influencia en estos sitios cerrados si los que trabajan no quieren dar entrada a los portadores de la buena nueva si no son los mismos compañeros los que están decididos, no a hacer de ese lugar solamente un sitio de mejoramiento personal, sino un modo de apostolado.

La ascensión cristiana de la clase obrera, su enriquecimiento espiritual tienen este precio. No será obrando a distancia como se operará la obra de reconquista de la clase obrera. A modo de la levadura que influye en la masa, a modo de sal que penetra las carnes, se ejercerá el apostolado en el medio del trabajo y en el medio del obrero.

...Los católicos gastan sumas ingentes en el mantenimiento de escuelas y preparan sus niños mejor que los que se educan en escuelas fiscales. Pero se olvidan que esos niños egresados de sus aulas irán al taller y a la fábrica donde encontrarán elementos malsanos que con ejemplos y malas doctrinas los inclinarán hacia el lado contrario de lo que aprendieron en su niñez. No sin razón decía el socialista belga Anselle: "Dejemos a los católicos que gasten su dinero en obras de formación; seremos nosotros los que recogeremos el fruto de sus sacrificios".

Debemos penetrarnos de esta verdad: la niñez hace la juventud y la juventud forma la clase. La clase obrera de mañana será lo que es la juventud de hoy. Una juventud grosera, ignorante, inmoral e irreligiosa prepara una clase atra-

sada y decaída. Dejar a la juventud asalariada corromperse es destruir de antemano el resultado favorable de toda reforma social, económica y política. Es hacer estéril y muchas veces nefasta toda mejora material. Es cometer un crimen contra la clase obrera y contra la sociedad. Es una especie de burla hablar del levantamiento y emancipación de la clase obrera si no se procura antes que todo la organización de la juventud.

(El porvenir de la clase obrera, La Unión, 8 de julio de 1934, pág. 3).

DEL INDIVIDUALISMO AL HUMANISMO

...Entendemos por individualismo la teoría según la cual el individuo es autónomo, posee un valor intrínseco superior a todos los valores de orden social y de orden moral. El individuo llega a ser como la unidad de la sociedad de la nación, del Estado sin que haya necesidad de intermediarios, como la familia, las asociaciones profesionales o los grupos regionales. El hombre es, pues, la medida de todas las cosas; todo va al hombre y todo emana de él, de la autoridad política a las ideas metafísicas. En este sentido, el individualismo es el equivalente de humanismo. Este comienza a partir desde el momento en que el hombre desplaza el centro del universo y lo fija en sí, donde se substituye prácticamente a Dios, donde se asigna como fin la felicidad terrenal por la libertad de su espíritu y la dominación de la materia; humanismo es igual a antropocentrismo.

Individualismo, humanismo, antropocentris-

mo, todo el mundo moderno está contenido en estos tres términos y en los conceptos que ellos expresan. Es una larga revolución que ha empezado en las ideas y que, desde 1789, se ha continuado en los hechos.

Estamos en presencia de una concepción del hombre y de la vida. Esta concepción debía, naturalmente procurar encarnarse en una organización social y política. Porque toda organización social y política deriva de un concepto del hombre y de la vida. El concepto produce la organización como una forma que anima. En tanto que la anima la forma queda vida. Pero poco a poco, el concepto se debilita, cede al impulso de un concepto más nuevo y más fuerte, se hace intelectual, cesa de corresponder a las condiciones económicas y sociales de una época dada, es batida en brecha, a la vez por los hechos de orden político y los de orden intelectual. En este estado la forma se vacía, se diseca, se atrofia. Degenera en sistema, prolonga todavía su existencia por la velocidad adquirida, la tradición, el hábito, la rutina. En fin, es arrastrada por el viento.

El régimen político y social de la Edad Media tenía como alma la teología, los conceptos escolásticos del hombre y de la vida. El hombre no era ni su propio fin ni el centro del universo. Se incorporaba como parte en una vasta síntesis: pirámide cuyo vértice era Dios: el mundo era entonces teocéntrico.

Aquella pirámide se fue desmoronando primero con el humanismo renacentista, después con la reforma protestante hasta que como en los tiempos de la torre de Babel, quisieron elevar una pirámide que tuviese al hombre en su vértice. La filosofía del siglo XVIII y su hija espiri-

tual, la Revolución Francesa, trabajaron en esta empresa con los instrumentos del Humanismo y la Reforma. El antropocentrismo es necesariamente laico. Durante el siglo XIX las concepciones de la vida social y política serán laicas. Pero al mismo tiempo como fruto de principios negativos, estas concepciones serán variables, inestables. Se transforman y gastan con rapidez. A medida que el hombre se separa de su centro espiritual que lo mantenía en la unidad se entrega más a sus contradicciones interiores... No solamente es el lenguaje el que le impide entenderse con los demás, sino que las ideas y doctrinas, por falta de principios básicos y positivos, se multiplican y enredan, al punto que nadie sabe a dónde volver los ojos para dar a la humanidad rumbo que la conduzca con seguridad.

Asistimos ya a las primeras derrotas del individualismo pagano, que caerá de las alturas donde se había colocado para dar lugar a un régimen en el que conservando el hombre individual, o sea la persona humana, el alto papel que le corresponde dé lugar a las personas sociales como la familia y la profesión, y políticas, como la Comuna y la Región, para que todas juntas formen el Estado armónico que dirija los destinos de los hombres y les haga cumplir el fin para que fueron creados.

(Individualismo, La Unión, 8 de enero de 1934, pág. 3).

HACIA UNA COMUNIDAD INTERNACIONAL

...A propósito de estas palabras "economía internacional", se ha planteado la cuestión de

fondo. Se nos ha dicho y probado que había una obra inmensa que cumplir, una empresa gigantesca que realizara la organización internacional del mundo de la producción y del trabajo, organización respecto de la cual la organización misma de la paz, que por tantos y tan justos títulos interesa a los hombres de nuestro tiempo no es más que una parte negativa, aunque necesaria, puesto que si no se arregla la política económica internacional la paz estará siempre cimentada con equilibrio inestable. Impedir, en efecto la obra de muerte está bien, pero organizar la obra de vida es mejor. Este paso de una economía nacional a una internacional es inevitable. La historia nos enseña que se empezó por la economía *doméstica* donde no se producía para el cambio sino para el consumo...

...Sobrevino después la economía *urbana*, la economía *regional*; la economía *nacional*. Ahora vamos a entrar en una era nueva: la economía *internacional*. El mundo se ha conglomerado: las relaciones entre los pueblos se han de tal manera multiplicado que ha sonado la hora de organizar no ya economías parciales, sino la economía total, la economía mundial, internacional. Es necesario que hoy día todas las naciones se entiendan, bajo pena de perecer de hambre y la *entente* que ha sido siempre una virtud, se ha convertido en una necesidad. Hay un bien común internacional evidente (sin sacrificar el bien común nacional) que debemos realizar, Sí, es necesario extender nuestra vista si no queremos ver lo que no existe: no sólo debemos ver nuestra profesión, nuestra clase, nuestro país, sino todas las profesiones, todas las clases, todos los países. "Vamos siempre hacia adelante en la *entente* mundial—decía Mr. Herrik—; hablamos ahora de los Esta-

dos Unidos de Europa y terminaremos con los Estados Unidos del Mundo". "Creo, decía M. Poincaré, en la fuerza cada día mayor de la solidaridad internacional. Creo que más allá de los horizontes internacionales, somos llamados a ver cada día más claramente la imagen de la humanidad".

Pero, para acometer esta empresa es necesario resolver innumerables problemas: la distribución de las materias primas, la organización de los mercados, la distribución internacional de los capitales y de los Bancos, las migraciones de los pueblos y de los trabajadores, etc. Eminentes maestros los han estudiado y han descubierto toda su complejidad...

Pero aún en materia económica, el pensamiento debe quedar social: se ha de pensar en crear también nuevos organismos internacionales o en fortificar los que ya existen: Federaciones Internacionales de Oficios, Confederaciones Internacionales Sindicales, Ententes Industriales, Cámaras de Comercio Internacional, Sociedad de Naciones, Oficina Internacional del Trabajo. Todos estos organismos van a ser indispensables, sea para dirigir, sea para ayudar, sea para informar.

En cuanto al Estado, habrá de orientarse hacia las soluciones corporativas, cumpliendo así el papel que Pío XI le reserva: "dirigir, vigilar, estimular, moderar".

Pero como la economía está hecha para el hombre y el hombre es un ser moral que quiere ver reinar en él y fuera de él el respeto a su personalidad y a su hogar por el respeto a la ley moral, se adivina que en la organización de la economía internacional será menester derramar

una abundante "efusión de amor" y, como dijo el P. Gillet, "poner de nuevo de acuerdo la justicia y la caridad en el campo económico de las relaciones internacionales".

(*La Semana Social de Lille, La Unión*, 17 de noviembre de 1932, pág. 3).

I N D I C E

INTRODUCCION	5
PRENOTANDO	13
COMPROMISO SOCIAL DE F. VIVES S. ...	15

I. VALORES Y DERECHOS HUMANOS:

Dignidad y desarrollo integral de la persona humana	19
Derecho a una vida digna	20
Dignidad del obrero manual	21
Justicia y caridad	21
La caridad debe inspirar la justicia	23
La caridad, virtud social	26
Deberes y derechos cívicos	27
Derechos del trabajador	29
Origen de la propiedad privada	31
Finalidad humana del trabajo	32
Educación del obrero	33
Formación del obrero por el obrero	34
Formar la conciencia social del pueblo	35
Madurez política del pueblo	36
Desarrollar valores espirituales	38

Misión de la mujer	40
Misión de la juventud	40
Responsabilidad social de los maestros ...	41
Derecho a una educación humanista e integral	42
Persona humana y socialismo	44
Injusticia social y marxismo	45
Fraternidad y paz social	46
El significado de Patria	47
Amor a la Patria y amor a la Humanidad	50

II. ESTRUCTURAS HUMANAS:

Reforma moral, política y económica ...	55
Deber social del Estado	56
La autoridad, guardián de los derechos humanos	57
El estatismo contemporáneo	58
Crisis económica e imperialismo	59
Legítima evolución del régimen de pro- piedad	62
Función social de las riquezas	63
El trabajo, entero poseedor de la empresa	65
Clases sociales y lucha de clases	67
Espíritu de clases y lucha de clases	70
El problema agrario en Chile	73
Función social de la tierra	74
Parcelación de la tierra y bien común	76
El Estado y la expropiación de la tierra	78
¿Educación neutra?	78
¿Quién debe educar?	79
Oportunismo político	81
Un contrapeso para la democracia	83
Pluralismo político:	85
Economía nacional y economía mundial	87
El bien común internacional	87
Evolución o revolución social	88

III. DIMENSIONES HUMANAS:

Dimensión social del catolicismo	93
Raíces teológicas del catolicismo social	95
Vida económica y vida cristiana	96
Iglesia y problemas humanos	99
Preocupación de la Iglesia por el hombre	100
Catolicismo y socialismo, convergencias y divergencias	103
Cristianismo y socialismo-comunismo ...	106
Capitalismo y comunismo, dos sistemas convergentes	108
Capitalismo bolchevique	110
¿Cristianos marxistas?	111
¿Socialistas cristianos?	114
Democracia cristiana y socialismo	116
La cuestión social	119
Origen de la cuestión social en Chile ...	120
Causas y dificultades del problema so- cial en Chile	121

IV. PROYECCIONES HUMANAS:

El porvenir de la clase obrera	125
Del individualismo al humanismo	127
Hacia una comunidad internacional	129

**EL HUMANISMO DE
FERNANDO VIVES**

Se terminó de imprimir en el mes
de junio de 1976 en las prensas de
Talleres Gráficos Corporación Ltda.
Alonso Ovalle 766
Santiago de Chile